

Judith CABALLERO MARTÍNEZ

EFECTOS LATENTES DEL DIVORCIO EN LOS HIJOS

Influencia de las rupturas maritales sobre la calidad de las relaciones de pareja de los hijos en la juventud adulta.

Trabajo Fin de Grado
dirigido por
Clara VALLS VIDAL

Universitat Abat Oliba CEU
Facultad de Ciencias Sociales
Grado en Psicología

2017

DECLARACIÓN

El que suscribe declara que el material de este documento, que ahora presento, es fruto de mi propio trabajo. Cualquier ayuda recibida de otros ha sido citada y reconocida dentro de este documento. Hago esta declaración en el conocimiento de que un incumplimiento de las normas relativas a la presentación de trabajos puede llevar a graves consecuencias. Soy consciente de que el documento no será aceptado a menos que esta declaración haya sido entregada junto al mismo.

Firma:
Judith CABALLERO MARTÍNEZ

*Una familia feliz no es sino
un paraíso anticipado*

SIR JOHN BOWRING

Resumen

Diferentes estudios americanos han demostrado la existencia de efectos latentes pasados algunos años después del divorcio parental. Sin embargo, son inexistentes los estudios en España sobre esta relevante temática. En este trabajo analizamos si existen diferencias entre jóvenes adultos en distintos aspectos de sus relaciones de pareja – la actitud frente las relaciones sentimentales, las dificultades para manejar conflictos de pareja, la visión acerca del matrimonio, la opinión sobre el divorcio, el inicio de las relaciones sexuales y la relación de éstas con el amor – en función del divorcio parental. La muestra está formada por 337 jóvenes entre 20 y 30 años que viven o trabajan en Cataluña. Para ello hemos elaborado un cuestionario *ad hoc* para medir algunas de las variables de estudio identificadas previamente como variables relevantes en la literatura internacional. El diseño de nuestro estudio sería *ex post facto*, ya que buscamos la contrastación de hipótesis causales sin llevar a cabo ninguna manipulación. Los resultados indican que existen diferencias en la calidad de las relaciones de pareja entre jóvenes adultos hijos de padres divorciados y jóvenes adultos hijos de familias intactas. Se exponen las limitaciones sobre la validez interna y externa del estudio.

Palabras claves: Divorcio – Jóvenes adultos – Efectos latentes – Relaciones de pareja – Padres divorciados – Familias intactas

Resum

Diferents estudis americans han demostrat l'existència d'efectes latents passats alguns anys després del divorci parental. No obstant això, són inexistent els estudis a Espanya sobre aquesta rellevant temàtica. En aquest treball analitzem si existeixen diferències entre joves adults en diferents aspectes de les seves relacions de parella – l'actitud respecte les relacions sentimentals, les dificultats per manejar conflictes de parella, la visió sobre el matrimoni, l'opinió sobre el divorci, l'inici de les relacions sexuals i la relació d'aquestes amb l'amor – en funció del divorci parental. La mostra està formada per 337 joves entre 20 i 30 anys que viuen o treballen a Catalunya. Per a això hem elaborat un qüestionari *ad hoc* per mesurar algunes de les variables d'estudi identificades prèviament com a variables rellevants en la literatura internacional. El disseny del nostre estudi seria *ex post facto*, ja que busquem la contrastació d'hipòtesis causals sense dur a terme cap manipulació. Els resultats indiquen que existeixen diferències en la qualitat de les relacions de parella entre

joves adults fills de pares divorciats i joves adults fills de famílies intactes. S'exposen les limitacions sobre la validesa interna i externa de l'estudi.

Paraules claus: Divorci – Joves adults – efectes latents – relacions de parella – pares divorciats – famílies intactes

Abstract

Different American studies have shown latent effects' existence some years after parental divorce. However, there are no studies in Spain on this important issue. In this work, we analyze whether there are differences between young adults in different aspects of their relationships - the attitude towards relationships, the difficulties of dealing with couple conflicts, the view about marriage, opinions about divorce, the beginning of Sexual relations and the relationship of these with love - in relation with parental divorce. The sample is formed by 337 young people between 20 and 30 years old who live or work in Catalonia. For this purpose, we have developed an adhoc questionnaire to measure some of the study variables previously identified as relevant variables in the international literature. The design of our study would be ex post facto, since we seek the confirmation of causal hypotheses without carrying out any manipulation. The results indicate that there are differences in the quality of the relationships between young adults, children of divorced parents and young adults, children of intact families. Limitations on the internal and external validity of the study are exposed.

Key words: Divorce – young adults - sleeper effects - couple relationships – divorced parents – intact families

Sumario

Introducción	9
1. CONCEPTUALIZACIÓN DE LA JUVENTUD ADULTA	13
1.1. Delimitación temporal y características de la juventud adulta en las sociedades occidentales	13
1.2. Relaciones sentimentales en los jóvenes adultos	16
1.2.1. Características de las relaciones de pareja y actitud de los jóvenes adultos frente a ellas	17
1.2. Amor y compromiso	17
1.2. Matrimonio en la juventud adulta	18
1.2. Sexualidad	19
2. EFECTOS LATENTES DEL DIVORCIO PARENTAL EN LOS JÓVENES ADULTOS.....	23
2.1. Consideraciones actuales sobre los efectos del divorcio	23
2.2. Estudios sobre los efectos latentes.....	25
2.3. Posible etiología de los efectos latentes.....	26
2.4. Efectos latentes en cuanto a las relaciones de pareja de los hijos en la juventud adulta	27
2.4.1. Expectativas y actitud frente a las relaciones de pareja.....	28
2.4.2. Estabilidad, calidad y compromiso.....	29
2.4.3. Transmisión intergeneracional del divorcio.....	31
2.4.4. Relaciones sexuales	33
2.4.5. Factores post-divorcio que influyen en la aparición de estos efectos en las relaciones de pareja	35
3. INVESTIGACIÓN EMPÍRICA	37
3.1. Método.....	37
3.1.1. Sujetos.....	37
3.4.2. Instrumentos.....	38
3.4.3. Procedimiento.....	41
3.4.4. Análisis	42
3.2. Resultados.....	43
3.3. Discusión	46

4. Conclusión	50
4.1. Conclusiones de la revisión teórica	50
4.2. Conclusiones del trabajo empírico.....	50
Referencias	52
Annexo.....	57
Cuestionario a jóvenes sobre la relación de pareja.....	57

Introducción

Tanto en Cataluña como en España, el número de separaciones y divorcios ha aumentado considerablemente, hasta casi alcanzar la cifra de 3 millones de rupturas, pasando de 1,2 millones en el año 2000 a más de 2,9 millones de rupturas en el 2014 (IPF, 2015).

España ha sido uno de los últimos países de la Unión Europea en regular el divorcio, con la introducción de la ley en 1981, y uno de los países con las tasas de divorcio más bajas en ese momento (Georgas et al, 2006; Perez Testor, Davins, Vallas y Aramburu, 2009). En cambio, con la introducción de la llamada Ley de Divorcio Exprés (Ley 16/2006), la cual agilizó el proceso de divorcio, se produce un crecimiento de las rupturas, pasando de una población divorciada de 1,1 millones en 2004 a 2,3 millones en 2014, lo que produjo que nuestro país se encuentre entre los países líderes en número de divorcios de la Unión Europea (IPF, 2015; INE, 2016).

Desde el 2009, en nuestro país, se había producido un estancamiento del divorcio producido por la crisis económica (IPF, 2015). Éste se rompió en 2014, presentando unas tasas de 2,3 rupturas por cada 1000 habitantes en 2014 (INE, 2015). Al año siguiente, según el informe del Instituto Nacional de Estadística (2016) sobre las tasas de divorcio en España en 2015, se produjeron 2,2 rupturas por cada 1000 habitantes, manteniendo las tasas del año anterior.

En concreto, Cataluña se encuentran entre las comunidades autónomas con mayor tasa de ruptura familiar desde hace 10 años, ya que supera la media española de divorcios por cada 1000 habitantes desde 2006 (INE, 2016). Actualmente, con una tasa de 2,6, es la comunidad autónoma en la que se producen más divorcios en España.

En lo que refiere a los hijos, 6 de cada 10 matrimonios españoles que se rompen tenían hijos (IPF, 2015). La ruptura familiar afecta a más de 97.650 hijos cada año: el 48,1% de las rupturas en el 2015 se produjeron en matrimonios con hijos menores de edad, el 4,3% con hijos mayores de edad económicamente dependientes y un 5,1% tenían tanto hijos menores como mayores dependientes (INE, 2016). Algo similar sucede en EEUU, ya que Amato (2000), defiende que un poco más de la mitad de los divorcios involucran niños menores de 18 años, y Wallerstein y Lewis (2004) afirman que más de un millón de niños experimentan el divorcio de sus padres cada año y alrededor del 40% de éstos experimentan el divorcio de sus padres antes de llegar a la edad adulta.

Tal como se describe en la literatura internacional el divorcio es un fenómeno estresante para toda la familia. Para los padres supone una sensación de fracaso,

que deben elaborar con un proceso de duelo como cualquier otra pérdida, que puede alargarse hasta 4 años (Perez Testor et al, 2009). En el caso de los hijos, observamos que aparecen desajustes conductuales, como la hiperactividad, la agresividad y problemas externalizantes (Laumann-Billings y Emery, 2000), malos resultados educativos y abandono escolar (Amato y Keith, 1991; Garriga y Martínez Lucena, 2009; Perez Testor et al, 2009) o menos bienestar y oportunidades vitales (Amato, 2000).

Las rupturas, por lo tanto, y en concreto el divorcio, ya que es un acontecimiento estresante para todos los involucrados, se ha convertido en uno de los principales problemas de las familias españolas actualmente (IPF, 2015). Por lo tanto, vemos que es un fenómeno de gran importancia en nuestra sociedad, ya que en la mayoría de casos es un acontecimiento que tiene una repercusión en las futuras generaciones (Amato, 2000; Garriga y Martínez Lucena, 2009).

Al pasar dos años del divorcio parental parece que las diferencias entre hijos de padres separados y no separados disminuyen, pero la ausencia de trastornos conductuales observables no significa que no haya otros efectos más sutiles (Laumann-Billings y Emery, 2000). Los hijos de padres divorciados, en comparación a sus análogos de familias intactas, es común que presenten más déficits en los logros académicos (menos probabilidades de terminar la escuela secundaria, menos probabilidad de asistir a la universidad y más probabilidad de no ser empleado ni estudiante), inician las relaciones sexuales más temprano (teniendo más probabilidades de tener hijos en la adolescencia), presentan un mayor índice de cohabitación pero no de matrimonio, mayor número de síntomas de depresión, tienden a pedir más ayuda psicológica y muestran más descontento con sus vidas, entre otras (Furstenberg y Teitler, 2003). Entre estas consecuencias, aquellas que tienen que ver con las relaciones de pareja son de vital importancia, ya que en esta etapa de la juventud adulta hay una gran implicación en el desarrollo de las relaciones amorosas, sexuales y amistades íntimas (Carratalá, 2013).

Es posible que los niños, a raíz de la experiencia con sus padres, empiecen a sacar conclusiones sobre las relaciones de pareja, desarrollando pensamientos como que éstas no son fiables ya que ni siquiera las relaciones familiares pueden mantenerse firmes (Wallerstein y Lewis, 2004). Si pensamientos de este tipo, u otras conclusiones que se saquen a raíz del divorcio, se mantiene en la juventud adulta, etapa en la que las relaciones de pareja adquieren mucha importancia, puede afectar en el desarrollo completo de esta etapa de la vida, y a las etapas próximas, ya que seguidamente, una vez alcanzada la adultez, la desadaptación en el desarrollo de las relaciones de pareja puede provocar alteración también en el

cuidado de las personas, el compromiso o la procreatividad, ya que todo lo desarrollado desde la infancia a la juventud, resultan esenciales en la adultez para las tareas generacionales de esta etapa (Erikson, 2000). De este modo, vamos a centrarnos en los efectos latentes del divorcio parental en los hijos relacionados con el desarrollo de las relaciones de pareja una vez son jóvenes adultos.

En España, el debate social y político que se ha desarrollado sobre la ruptura familiar, pocas veces ha tenido como sustento evidencias empíricas, ya que en nuestro país estos estudios son prácticamente inexistentes en un nivel científico-empírico que nos permita inferir conclusiones sobre los efectos del divorcio en los hijos. Ni la sociedad civil ni el Estado han tomado conciencia de la importancia sociológica de este tema, a diferencia de países como EEUU o UK, que invierten una gran cantidad de recursos para la realización de macro-encuestas por tal de comprender mejor el fenómeno del divorcio y sus efectos (Garriga y Martínez, 2009). De este modo, en España encontramos pocos estudios científicos centrados en los efectos del divorcio en los hijos (Monografías en Letras de Deusto 115, dedicado a la monoparentalidad y el divorcio en 2007) y, en concreto, sobre los efectos latentes son más escasos todavía (Valls, 2015).

Teniendo en cuenta la relevancia social y la escasez de estudios en nuestro país que analicen los efectos del divorcio a largo plazo, el objetivo de este trabajo es, en primer lugar, realizar una revisión bibliográfica de artículos científicos que analizan las diferencias entre los jóvenes adultos que provienen de familias intactas y los que provienen de familias divorciadas en cuanto a las relaciones sentimentales, por tal de verificar la influencia que tiene el divorcio en el desarrollo de éstas. En segundo lugar, la finalidad es analizar si existen diferencias significativas en una muestra de jóvenes catalanes de entre 20 y 30 años en función del divorcio parental en cuanto a la actitud frente las relaciones sentimentales, las dificultades para manejar conflictos de pareja, la visión acerca del matrimonio, la opinión sobre el divorcio, el inicio de las relaciones sexuales y la relación de éstas con el amor.

Metodológicamente, para poder realizar un marco conceptual, se ha realizado una búsqueda en las bases de datos de JSTOR, Dialnet, Google Scholar, PsycInfo, Science Direct, además de obtener algunos artículos mediante el préstamo interbibliotecario de la universidad. A partir de aquí, se han utilizado investigaciones publicadas desde 1997 hasta la actualidad, tanto en español como en inglés. Además, son artículos originales, metaanálisis y revisiones bibliográficas que provienen de revistas con un sistema peer review, con una muestra de mínimo 90 participantes. Por otro lado, estas muestras son básicamente americanas, ya que, como ya hemos comentado, la mayoría de investigaciones están realizadas en

EEUU y, de este modo, la edad de los participantes ha oscilado entre 18 y 30 años, ya que la etapa vital de la que estamos hablando, la juventud adulta, varía en cuanto al intervalo de edad que la forma en función del contexto demográfico.

En cuanto a la estructura, el trabajo se ha dividido principalmente en tres partes. La primera parte es una conceptualización de la etapa de desarrollo correspondiente a la juventud adulta. En este apartado hemos podido desarrollar las características de los jóvenes adultos en el contexto europeo, de manera que podamos tener en cuenta su contexto socioeconómico y las tareas de desarrollo que les son propias por su edad. En este sentido nos hemos centrado en la calidad y el desarrollo de las relaciones de pareja, debido a la importancia que tiene este acontecimiento en esta etapa y en las posteriores, además, por ser el objeto de análisis del estudio empírico de este trabajo.

En segundo lugar, sintetizamos los resultados de los estudios que analizan los efectos latentes del divorcio parental en los jóvenes adultos, concretando más en aquellos que tienen que ver con las relaciones de pareja, que es el tema que nos ocupa.

Ya por último, encontraremos el tercer apartado, donde desarrollamos la investigación empírica que hemos realizado y los resultados obtenidos, además, de las posteriores conclusiones que hemos inferido de este trabajo.

1. CONCEPTUALIZACIÓN DE LA JUVENTUD ADULTA

1.1. Delimitación temporal y características de la juventud adulta en las sociedades occidentales

Los años que transcurren entre la adolescencia y la adultez constituyen un período de la vida llamada “frontera de la adultez” o “adultez temprana” -*early adulthood*- (Settersten, Furstenberg y Rumbaut, 2005), también mencionado por otros autores como “juventud” (Erikson, 2000), edad adulta emergente -*emerging adulthood*- (Arnett, 2000; Papalia, 2012) o juventud adulta -*giovani adulti*- (Scabini, Marta y Lanz, 2006).

Todas las denominaciones sirven para referirnos a una etapa en la que los jóvenes ya no son adolescentes, pero todavía no se han asentado en los roles adultos, ya que sigue creciendo y cambiando en camino a la identidad adulta (Arnett, 2000; Scabini, Marta y Lanz, 2006; Settersten et al, 2005).

Para Erikson (2000) esta etapa se formaba por el periodo entre los 18 a los 25 años, algo que se mantiene en el contexto americano (Arnett, 2000). En cambio, se ha producido una desaceleración en esta transición de la niñez a la edad adulta en otros contextos como es el europeo, convirtiéndose en un proceso mucho más largo (Iacovou y Berthoud, 2001; Scabini, 2000; Scabini, Marta y Lanz, 2006), además de ser más ambiguo, impredecible, complejo y menos uniforme que en el pasado (Iacovou y Berthoud, 2001; Settersten et al, 2005). En los países industrializados se emplea más tiempo para alcanzar las metas de la edad adulta y se siguen rutas más variadas que en el pasado (Papalia, 2012). Por lo tanto, en el contexto europeo actual consideramos que la juventud adulta abarca el periodo de los 20 a los 30 años (Papalia, 2012; Scabini, Marta y Lanz, 2006).

Esta es una etapa muy importante en el desarrollo de la persona, ya que forma parte de la transición a la edad adulta, la cual consiste en una breve sucesión de acontecimientos normativos (fin de la etapa formativa, entrada en el mundo laboral y el matrimonio), por lo que la inserción de los jóvenes en la sociedad adulta se caracteriza por una profunda inseguridad en el mercado de trabajo y por la incertidumbre sobre el inicio de la familia (Lee, 2007; Scabini, 2000). En esencia, la juventud adulta representa los años en los que hay mayor probabilidad de que sucedan los acontecimientos más significativos e importantes de la vida de las personas (Tanner, 2006).

Sin embargo, la evidencia empírica demuestra que estas transiciones demográficas, como puede ser el establecimiento de una residencia estable, finalización de la escuela, asentamiento de la carrera profesional o el matrimonio, tienen poco que ver con las concepciones de los jóvenes adultos de lo que significa llegar a la edad adulta (Arnett, 2000), ya que éstos son aspectos únicamente sociológicos, en cambio, la juventud adulta está relacionada con más aspectos, como la madurez psicológica (Papalia, 2012).

Aunque los jóvenes adultos conciben este pasaje como un tiempo de libertad en el que experimentar diversos papeles y estilos de vida, también es una etapa en la que se consolidan gradualmente los compromisos de la vida adulta relacionados con la entrada en el mundo laboral y la consolidación de las relaciones (Arnett, 2000; Papalia, 2012; Settersten et al, 2005; Smith, 2015). En este sentido, durante la juventud adulta los individuos toman decisiones que tendrán el potencial de influenciar el resto de sus vidas, convirtiéndose en una etapa crucial, ya que es el momento de la vida en el que el individuo explora por sí mismo una variedad de direcciones en diferentes esferas de la vida, como el amor, el trabajo o la manera de ver el mundo (Scabini, Marta y Lanz, 2006; Smith, 2015). Específicamente, los principales criterios para la transición a la edad adulta en una variedad de estudios han sido aceptar la responsabilidad de uno mismo, tomar decisiones independiente y hacerse financieramente independiente (Arnett, 2000). Por lo tanto, vemos que, a diferencia de etapas evolutivas anteriores, en esta fase las personas empiezan a tomar responsabilidades y decisiones, asumiendo las consecuencias de las mismas (Smith, 2015).

Iacovou y Berthoud (2001), en un análisis de los datos recogidos por el European Community Household Panel (ECHP), indican que los jóvenes adultos de los países del sur de Europa, entre los que se encuentra España, tienden a abandonar el hogar familiar una vez se han casado o cuando se convierten en padres. Esto ocurre debido a que los jóvenes pasan más tiempo estudiando, tienen más probabilidades de estar desempleados o con contratos inseguros, a diferencia de aquellos contratos de por vida de los que disfrutaban sus padres. También, estos jóvenes no están tan dispuestos a asumir papeles adultos, sino que son más conscientes de lo que se necesita para ser autónomos, como la educación superior en el mundo laboral actual basado en la información, por lo que hay un mayor rechazo al hecho de asumir compromisos que no pueden mantener (Settersten et al, 2005). Incluso, en un estudio con jóvenes americanos (Arnett, 2000), casi un tercio de los jóvenes a finales de la segunda década de vida y principios de los 30 años, no sentía que su transición a la edad adulta estaba completa. De modo que es posible que personas

no lleguen a sentirse adultas o actuar como tal, independientemente de la edad cronológica (Papalia, 2012).

De este modo, la familia de origen adquiere mucha más importancia, ya que se produce una prolongación en el contexto familiar, adquiriendo el papel de “nido cálido” (*warm nest*) en el que recuperar fortalezas y prepararse para afrontar el mundo adulto, el cual es incierto y complejo (Scabini, 2000), por lo que todavía hay una dependencia con respecto a la familia de origen (Smith, 2015) y son una mayor carga económica para muchas familias (Settersten et al, 2005). Otras instituciones que actúan como “puente” entre la familia y la sociedad en general, son los Colegios Superiores o Universidades, ya que proporcionan el tiempo de semi-autonomía que caracteriza a la adultez temprana (Settersten et al, 2005). Este hecho provoca que los jóvenes adultos se sientan libres, pero en realidad no sean libres, ya que tienen fuertes ataduras con la familia de origen y viven muchos años en la dependencia familiar, escolar, social, experimentando en lo que quieren, pero sin la responsabilidad de tener que dar cuenta de lo que hacen (Elzo, 2003).

En concreto, la juventud española actual presenta algunas singularidades que la diferencian de sus generaciones pasadas y de las juventudes de otros países europeos. Presentan resultados inferiores a la media de la UE en cuanto a educación, empleo y emancipación (Elzo, 2016). Variables que el mismo autor demuestra que están relacionadas, ya que observa que aquellos jóvenes que poseen un nivel de estudios inferior presentan tasas de paro más elevadas que aquellos que habían realizado estudios superiores, universitarios o similares (Elzo, 2014), lo que lleva a que la mitad de los jóvenes no tengan empleo hasta los 24 años y 4 meses (Iacovou y Berthoud, 2001). Por el contrario, en cuanto a salud y TIC, supera el total de Europa (Elzo, 2016).

Por otro lado, los jóvenes españoles son más permisivos en comparación con sus coetáneos europeos y, sobre todo, aceptan y justifican en mayor grado aquellos comportamientos relacionados con la vida privada y las relaciones de proximidad, y son menos tolerantes con aquellos comportamientos incívicos (Elzo, 2003; 2009). En cambio, tienen dificultades para admitir límites y normas y se centran principalmente en el presente. También, sobrevaloran la emoción, frente a la razón, y son tolerantes ante el diferente, principalmente por dos motivos: por el respeto del otro en cuanto que otro, o por indiferencia con tal de que no resulten una molestia. Aun así, presentan un individualismo camuflado en búsqueda de autonomía y una implicación distanciada respecto de los problemas y de las causas que dicen defender (Elzo, 2003).

Además, priorizan y valoran como objetivo en sus vidas principalmente a la familia y los amigos, dando por supuesta la salud (Elzo, 2009). Se dicen razonablemente satisfechos y contentos con su familia, escuela, amigos, y hasta con sus profesores (en el caso de que sean estudiantes). También, aceptan a su familia de origen como espacio de convivencia buscada y correspondida, además de proyectarse en el ámbito familiar (Elzo, 2003). De modo que una buena relación familiar, unos buenos amigos y una buena salud conforman la tríada básica que actúa como sustrato desde donde edificar su universo simbólico. En último lugar de importancia tenemos a la política, ya que perciben una incapacidad de ésta de resolver aquellos problemas que más le importan, y la religión, dejando en el medio al trabajo, el dinero, el tiempo libre, la dignidad moral, la vida sexual y los estudios para tener una buena formación y competencia profesional, en este orden (Elzo, 2003; 2009).

Por último, los jóvenes españoles consideran el paro como su principal problema, a pesar de que sienten menos angustia ante el futuro que los jóvenes de otras generaciones. Aun así, tienen una concepción utilitarista del trabajo, entendido como medio de inserción en la sociedad y no como medio de realización personal (Elzo, 2003).

En conclusión, la juventud adulta es una etapa envuelta de incertidumbre en el mundo laboral y del inicio de la familia, a pesar de estar caracterizada en el contexto europeo actual por una prolongada estancia en el núcleo familiar, con dificultades económicas para independizarse y con una priorización del presente, la familia y la tolerancia.

1.2. Relaciones sentimentales en los jóvenes adultos

En general, la urgencia por conectarse socialmente es un impulso poderoso y, concretamente en esta etapa, la relación entre el individuo y la sociedad toma un nuevo significado (Tanner, 2006). Según Erikson (2000), la necesidad de establecer firmes, estables, cercanas y comprometidas relaciones es una motivación importante para la conducta humana y, en concreto, el joven adulto se mueve por la fuerza básica del amor. De este modo, en la juventud adulta, las exploraciones en el amor se vuelven más íntimas y serias, es decir, tras la madurez emocional, el individuo busca el desarrollo de las relaciones amorosas, sexuales y amistades íntimas (Arnett, 2000; Arnett y Tanner, 2006; Carratalá, 2013).

No existe una clara evidencia empírica sobre la trayectoria que siguen las relaciones durante esta segunda década de la vida, pero muchos estudios indican que en esta

etapa hay un aumento de la implicación de relaciones de pareja y del apego a los iguales (Carratalá, 2013; Delgado et al, 2011).

1.2.1. Características de las relaciones de pareja y actitud de los jóvenes adultos frente a ellas.

En la edad adulta emergente, las relaciones estrechas son similares a las de los adolescentes en cuanto a los motivos, las preocupaciones y las expectativas, en cambio, éstos describen sus relaciones cercanas de maneras más diferenciadas y complejas que en la adolescencia (Arnett y Tanner, 2006). Además, las citas se centran menos en la recreación que en la adolescencia, y más en explorar el potencial de la intimidad emocional y física, es decir, implica un nivel más profundo de intimidad que las relaciones en la etapa previa y, por lo tanto, el pensamiento implícito tiene que ver con qué tipo de persona desea tener como pareja el resto de su vida (Arnett, 2000).

Tanner (2006) nos habla del recentramiento, que es un proceso que tiene lugar en esta etapa, que consiste en el cambio a una identidad adulta, es decir, el paso de tener un comportamiento regulado por los demás a conseguir la autorregulación para tener la capacidad de satisfacer las demandas de la edad adulta. En el caso de las relaciones, consiste en un paso de dejar de estar inserto en la familia de origen para alcanzar una relación de pareja con independencia de esta familia de origen (sin romper los vínculos con ésta). Esto es posible que se explique porque durante la segunda década de la vida se produce una adquisición de competencias sociales que facilitan la vinculación y consolidación de las relaciones con iguales (Delgado et al, 2011) produciéndose un mayor desarrollo de la cognición social (Arnett y Tanner, 2006).

1.2.2. Amor y compromiso

En cuanto al amor, la teoría triangular del amor de Sternberg (1988) afirma que el amor tiene 3 componentes: la intimidad, la pasión y el compromiso. La intimidad es el componente emocional que es lo que lleva al vínculo, a la calidez y la confianza. La pasión es el componente motivacional basado en impulsos internos y fisiológicos, relacionados con la atracción física y el deseo sexual. Y por último, el compromiso es el componente cognitivo, que tiene que ver con la decisión de amar y quedarse con el ser amado. Una vez conocemos los componentes, Sternberg postula que en función de la combinación de éstos, podemos encontrar diferentes tipos de amor. En el caso de que no estén ninguno de los componentes son relaciones sin amor, si

solo tenemos la intimidad hablamos de relaciones de amistad, si la pasión es el único componente estamos ante el enamoramiento y el amor vacío lo encontramos cuando solo hay compromiso. Por otro lado, si solo falta el compromiso es un amor romántico, estamos ante un amor de compañía si solo falta la pasión y si solo falta la intimidad hablamos de amor fatuo. En cambio, el amor consumado es aquel en el que tenemos todos los componentes, es el amor completo, en el que hay intimidad, ya que existe una implicación en las emociones positivas mutuas, hay pasión y hay compromiso, por el deseo de hacer un proyecto de vida común.

Tras esta formación de la identidad adulta, Erikson (2000) destaca que el joven adulto busca y desea fundirla con otros, de manera que entra en la sexta etapa del desarrollo psicosocial, donde la principal tarea del adulto temprano es desarrollar intimidad, la cual implica establecer compromisos personales profundos con los demás (Erikson, 2000), es decir, concretar afiliaciones y asociaciones, desarrollar la fortaleza ética y salir adelante gracias a tales compromisos, aunque requieran sacrificios significativos (Berger, 2009). Y el sacrificio principal del que habla Erikson (2000) es el autoabandono, ya que explica que en las relaciones íntimas el adulto joven debe perder su ego para llegar a la solidaridad de las afiliaciones cercanas y uniones sexuales. En esta misma línea, los jóvenes adultos también adquieren autoexpansión, ya que amplían su entendimiento, experiencias y recursos a través de las relaciones de pareja (Aron et al, 2005).

Laumann y Michael (2001, citado en Berger, 2009) realizan una investigación con la que concluyen que la secuencia preferida para los jóvenes adultos a la hora de establecer una relación es la de salir con alguien, enamorarse, decidir ser fiel, tener sexo, a lo mejor vivir juntos y finalmente (si ambos están listos para el compromiso) el matrimonio y la paternidad. Por lo tanto, vemos que, en general, las relaciones íntimas tienden a evolucionar de la atracción a la relación personal y de allí al compromiso duradero (Papalia, 2012). De este modo, la resolución de esta etapa tiene como resultado la virtud del amor, que es la mutualidad de devoción madura entre personas que decidieron compartir su vida (Erikson, 2000).

1.2.3. Matrimonio en la juventud adulta

Tras la fase de exploración y las relaciones transitorias con los demás que puede darse en esta etapa, los adultos jóvenes adoptan roles y responsabilidades más duraderas y estables como puede ser el matrimonio (Smith, 2015). En cambio, inicialmente, la mayoría de jóvenes todavía cree que es un compromiso serio y deseable en el que ellos se comprometerán en el futuro. En cada país, la mayoría de los adultos jóvenes desea y espera casarse y que el compromiso dure (Berger,

2009), en cambio, la decisión de los jóvenes de casarse y tener hijos es pospuesta, ya que desean tiempo para la experimentación (Scabini, 2000). Estas diferentes visiones acerca del matrimonio dependen, en parte, de la influencia de la familia de origen, ya que vemos que los jóvenes son más propensos a apoyar la creencia de que el matrimonio requiere inversiones emocionales cuando reciben comportamientos parentales altos en calidez y apoyo, altos niveles de supervisión infantil y manejo positivo del niño, y bajos en niveles de disciplina severa e inconsistencia en la adolescencia, por lo tanto, para entender las creencias sobre el matrimonio es importante prestar especial atención a las prácticas de socialización en la familia (Masarik et al, 2013).

De todos modos, la relación entre amor y matrimonio depende de la cultura en particular (Georgas et al, 2006). En el contexto norteamericano y europeo, por ejemplo, se espera que la gente joven se enamore varias veces, pero que no se case hasta que sea capaz de independizarse, financiera y emocionalmente, de sus padres (Berger, 2009). En España, concretamente, el elevado desempleo y la debilidad del apoyo del Estado que se ha producido durante muchos años, ha producido una incertidumbre económica que ha dificultado la independencia al salir del hogar paterno o casarse y, por lo tanto, ha provocado la disminución de las tasas de matrimonio (Georgas et al, 2006).

En conclusión, actualmente las parejas se casan más tarde y se divorcian más a menudo que generaciones anteriores. Sin embargo, no debemos olvidar que el matrimonio ofrece apoyo social, ya que estar casado resulta más beneficioso para la salud que estar soltero, cohabitar, estar divorciado o ser viudo, sobre todo en el caso de las mujeres (Pedersen y Blekesaune, 2003).

1.2.4. Sexualidad

Como hemos comentado en el apartado anterior, la adultez temprana es la etapa en la que se establece la identidad adulta y el interés por relaciones más íntimas. Por lo tanto, el radio de las relaciones significativas gira en torno al sexo, entre otras como la amistad, la cooperación y la competición (Erikson, 2000). Por lo que la juventud adulta es la etapa en la que la mayoría de personas son sexualmente activas (Lefkowitz y Gillen, 2006).

En esta etapa, la juventud, el sistema reproductivo sexual se encuentra en su apogeo, por lo que los jóvenes tienen un impulso sexual muy fuerte, ya que la testosterona, la hormona asociada con el deseo sexual, es significativamente más alta para mujeres y varones a la edad de 20 que a los 40 (Berger, 2009). Además,

hay otras condiciones ambientales y personales que pueden influenciar en la sexualidad como pueden ser los cambios que se producen en esta etapa en las áreas de identidad, residencia y las relaciones. La exploración de la propia identidad puede incluir la exploración de la orientación sexual, las creencias sexuales en cuanto al sexo prematrimonial o la anticoncepción y los comportamientos sexuales. En cuanto a la residencia, en el caso de que se alejen de sus padres, es posible que conlleve una percepción de mayor libertad y, como consecuencia, la exploración y experimentación de la sexualidad. Y por último, la mayor implicación en relaciones íntimas y sentimentales, puede incluir los comportamientos sexuales dentro de este contexto de conexiones emocionales (Arnett, 2000).

A pesar de esto, una encuesta realizada por el Instituto Nacional de Estadística (2008) concluyó que los jóvenes iniciaban las relaciones sexuales algo antes de iniciar esta etapa que llamamos juventud adulta o adultez temprana, ya que la media se encontraba en 18,1 años para los hombres y 19,1 años para las mujeres. Asimismo, reveló que la frecuencia de las personas que inician las relaciones sexuales antes de los 16 años parece estar aumentando ligeramente en ambos sexos, no obstante, la edad media de inicio seguía siendo superior a la de la mayoría de los países occidentales.

De este modo, tras la primera relación sexual, según estudios de Pedersen y Blekesaune (2003) en la franja de edad que transcurre desde los 20 a los 25 años la mayoría de jóvenes encuestados se declaraban satisfechos o muy satisfechos sexualmente. Sin embargo, en este mismo estudio también se observó una disminución en la actividad sexual y la satisfacción sexual con el tiempo, lo que sugiere que el aburrimiento y la rutina pueden desempeñar rápidamente un papel en la vida sexual de los jóvenes (Pedersen y Blekesaune, 2003).

Según Erikson (2000), los adultos tempranos deben desarrollar un sentido sólido del yo para estar listos para fundir su identidad con la de otra persona, es decir, considera que la intimidad es un abandono de sí mismos para el encuentro mutuo en la reunión de cuerpo y alma, algo que deben realizar ya que considera que la decisión de no cumplir el impulso natural de procrear tiene consecuencias negativas en el desarrollo, ya que desemboca en un sentido generalizado de estancamiento en la adultez. Esta idea de Erikson ha sido criticada por diversos autores, ya que dejaría fuera de un desarrollo sano a solteros, homosexuales, célibes y parejas sin hijos. Además, vemos que en la actualidad muchos jóvenes quieren tener sexo, pero no por el hecho de procrear, ya que no quieren casarse ni tener niños (Lefkowitz y Gillen, 2006). Una encuesta a jóvenes americanos encuentra que la mayoría de los jóvenes de entre 18 y 24 años piensan que las relaciones prematrimoniales no

tienen nada de malo, en cambio, la mayoría de los jóvenes (80%) cree que el sexo extramatrimonial está siempre mal (Smith, 2005, citado en Berger, 2009). Por lo tanto, vemos que la mayoría de los jóvenes a partir de los 20 años practican algún tipo de actividad sexual (Pedersen y Blekesaune, 2003), tienen más parejas y más relaciones sexuales que los adultos que son un tanto mayores (Berger, 2009).

En cambio, vemos que esta actitud de mantener sexo sin compromiso puede ser difícil de sostener, debido a que el sexo y el compromiso pueden estar interrelacionados por naturaleza. Laumann y Michael (2001, citado en Berger, 2009), encuentran que la creencia dominante entre los jóvenes (más en mujeres que en hombres) es la de que el principal propósito del sexo es el de fortalecer la unión de la pareja. Además, según la Organización Social de la Sexualidad, una actividad sexual monógama dentro de un matrimonio formal produce una satisfacción y placer más gratificante (Pedersen y Blekesaune, 2003). Esto se debe a que la juventud está caracterizada por la búsqueda de intimidad, que no tiene que ver con la únicamente encontrar una individuo que prometa resultar complementario en el trabajo, la sexualidad y la amistad, sino que está relacionada con la capacidad de comprometerse con afiliaciones concretas que pueden requerir sacrificios y compromisos significativos (Erikson, 2000).

Por lo tanto, vemos que hay dos visiones muy distintas en cuanto a las relaciones sexuales extendidas por la población joven adulta: las relaciones sexuales como experiencia física y mental altamente placentera y buscada para el gozo o como manifestación de un compromiso. Estas suposiciones diferentes entre los miembros de la pareja sobre el propósito del sexo pueden provocar sufrimiento emocional y frustración, en cambio, no se conoce con qué frecuencia suceden estos malentendidos (Berger, 2009).

Por otro lado, ciertos comportamientos sexuales pueden representar riesgos para algunos jóvenes en esta etapa (Lefkowitz y Gillen, 2006), ya que con el inicio de las actividades sexuales y reproductivas, pueden aparecer preocupaciones físicas, como son los trastornos relacionados con la menstruación, la infertilidad y las infecciones o enfermedades de transmisión sexual, las cuales son padecimientos que se transmiten a través de relaciones sexuales (Papalia, 2012). Nos encontramos con el problema de que estos jóvenes hacen caso omiso del consejo de los expertos, quienes recomiendan revisiones y exámenes médicos en las transiciones de pareja para evitar el contagio de las Infecciones de Transmisión Sexual (ITS), las cuales han formado parte de la vida desde el comienzo de los tiempos, pero vemos un aumento de la incidencia en la actualidad. A pesar de que la monogamia es el modelo mientras la relación continúa, la transición de una relación a otra suele ser

muy rápida sin realizar una evaluación médica entre éstas, lo que resulta en una rápida transmisión de ITS (Berger, 2009).

Aun así, según el último informe de hábitos sexuales por parte del Instituto Nacional de Estadística (2008), el 3% de los hombres y el 3,6% de las mujeres de 18 a 29 años refieren haber sido diagnosticadas de alguna infección de transmisión sexual a lo largo de la vida. Estas tasas son menores que las correspondientes a los otros grupos de edad (30-39 años y 40-49 años) y, del mismo modo, también de la media. En cambio, a pesar de que parece que la incidencia es menor en los jóvenes, hay que tener precaución ya que esto se debe a que las personas mayores han podido exponerse al riesgo durante más años (INE, 2008). En este mismo informe, vemos que la proporción de personas que presentan alguna ITS es muy inferior que en otros países europeos como Alemania, Noruega, Finlandia o Reino Unido.

2. EFECTOS LATENTES DEL DIVORCIO PARENTAL EN LOS JÓVENES ADULTOS

2.1. Consideraciones actuales sobre los efectos del divorcio

La disolución del matrimonio es un proceso que empieza antes de la separación física y continua después de que el matrimonio se acaba legalmente (Amato y Sobolewski, 2001), por lo que son varios los estudios que defienden que el efecto del divorcio no se reduce simplemente a un aumento del estrés en los hijos durante los primeros años del post-divorcio sino que puede afectar a largo plazo a diferentes ámbitos de la vida de un individuo, es decir, que no tiene un impacto transitorio, ya que no desaparece cuando los hijos son adultos o cuando el porcentaje del divorcio en una sociedad es muy elevado (Amato y Keith, 1991; Garriga y Martínez Lucena, 2009).

También, se cree que los hijos que han sufrido el divorcio se van recuperando del estrés gradualmente una vez ellos abandonan el hogar familiar y se convierten en jóvenes adultos, en cambio, son varios los estudios que confirman que los niños que han sufrido algún tipo de adversidad en su infancia tienen más probabilidad de padecer una psicopatología en la adultez (Brown y Anderson, 1991; Holmes y Robins, 1998; McLeod, 1991; citados en Kessler, Gillis-Light, Magee, Kendler y Eaves, 1997), es decir, la diferencia en el bienestar entre la descendencia de una pareja divorciada y la de una pareja casada persiste, lo que sugiere que algunos factores en la edad adulta continúan perjudicando a estos individuos (Amato y Sobolewski, 2001). Esto se debe a que, como defienden la gran mayoría de estudios, existe un vínculo entre la estructura familiar durante la infancia y el bienestar psicológico en la edad adulta (Amato y Sobolewski, 2001).

Es importante remarcar, tal y como destacan Cui, Fincham y Durtschi (2011) o Simons y otros (1996, citado en Garriga y Martínez Lucena, 2009), que el divorcio de los padres no es una experiencia unívoca para los hijos, es decir, que no todos los hijos de padres divorciados se verán afectados por el divorcio ni en los mismos aspectos, ni con el mismo grado e intensidad (Amato, 2014; Garriga y Martínez Lucena, 2009), es decir, los miembros pueden reaccionar al divorcio de forma normal o patológica en función de sus disposiciones estructurales propias, del ambiente familiar previo y de cómo se desarrolle el proceso de separación (Pérez Testor et al, 2009), incluso es posible que algunos no se vean afectado en absoluto (Garriga y Martínez Lucena, 2009).

Además, Thoits (1995, citado en Amato, 2000) y Wheaton (1990, citado en Amato, 2000) dicen que los eventos estresantes como puede ser el divorcio pueden tener consecuencias positivas a largo plazo cuando las personas arreglan sus problemas exitosamente (por ejemplo, una mujer y sus hijos puede sentirse que ellos están sustancialmente mejor desde que su relación con un marido abusador acabó), por eso, aparece un modelo de “divorcio-estrés-ajuste” que considera los aspectos que conducen a resultados positivos, negativos o mixtos para los individuos. Algunos de estos efectos positivos que puede tener el divorcio en los hijos es el mayor sentido de responsabilidad o autoestima (Wertlieb, 1997), incluso algunos estudios afirman que pueden desarrollar menos aspiraciones ocupacionales estereotipadas por roles de género que pueden incrementar su éxito en el mercado laboral (Barber y Eccles, 1992, citado en Wertlieb, 1997).

Por lo tanto, el divorcio parental no afecta de forma uniforme a todos los hijos adultos jóvenes, sino que a menudo depende de otras variables, como puede ser su experiencia en relación al divorcio parental, el nivel de conflicto interparental, alianzas inadecuadas entre padres e hijos, historias de apego previas, etc. (Smith, 2015). Amato (2014) nos dice que estas consideraciones revelan por qué las respuestas de los niños a la interrupción del matrimonio son tan variables y compara dos casos para ejemplificar este fenómeno:

Considere dos niños pequeños con padres divorciados. Un niño experimenta una fuerte disminución en el nivel de vida después de la separación de los padres. Para mantenerse dentro del presupuesto, la madre y el niño se mudan de su hogar a un apartamento más pequeño en una parte menos deseable de la ciudad. La madre del niño (el progenitor con el que reside) comenzó a experimentar síntomas de depresión poco antes de la ruptura, y esto afecta su capacidad de interactuar con su hijo de una manera cálida y de apoyo (...) El padre del niño tiene relativamente poco contacto con su hijo, y en esas ocasiones cuando el padre visita, se involucra en un fuerte y enojado conflicto con la madre. (...) Dada esta constelación de factores, no nos sorprendería saber que el niño está exhibiendo una variedad de síntomas graves de desajuste. El segundo niño experimenta una disminución en el nivel de vida, pero la disminución no es tan grave que requiere que se retire del hogar familiar. (...) La madre es capaz de concentrarse en las necesidades de su hijo (y no en el suyo propio) y mantiene un ambiente familiar firme pero amoroso. El padre pasa tiempo con el niño cada semana. (...) El niño experimenta rutinas y reglas similares en los hogares de la madre y del padre. (...) Dada esta constelación particular de factores, no nos sorprendería saber que el niño se está adaptando bien al divorcio.

(Amato, 2014, pp 16-17)

Ahora bien, a pesar de que no sea para todos los niños, son varios los estudios que concluyen que existen efectos negativos a largo plazo y que son estadísticamente significativos (Amato, 2000; Amato y Keith, 1991; Amato y Sobolewski, 2001; Garriga y Martínez Lucena, 2009; Laumann-Billings y Emery, 2000; Wallerstein y Lewis, 2004).

Por lo tanto, concluimos que los efectos latentes son una sintomatología psicológica (por ejemplo, depresión o baja satisfacción con la vida) (Amato y Keith, 1991) que permanece oculta durante la niñez tardía y la adolescencia temprana, para después volver a emerger durante la adolescencia tardía o edad adulta temprana (McCabe, 1997). También, presenta una afectación en el bienestar familiar (baja calidad matrimonial, divorcio), en el bienestar socioeconómico (bajo nivel educativo, ingresos y ocupación) e incluso en la salud física (Amato y Keith, 1991). De manera que, en el desarrollo de los efectos latentes es posible que aparezca un periodo de bienestar después de un tiempo del divorcio, en cambio, se produce un declive posterior, que es cuando éstos aparecen (Wertlieb, 1997). Por lo tanto, por muy pequeñas que puedan ser las diferencias entre los hijos de familias intactas y los hijos de familias divorciadas, no debemos aceptar erróneamente que no existen diferencias entre éstas (Wallerstein y Lewis, 2004).

2.2. Estudios sobre los efectos latentes

El *sleeper effect*, que podríamos traducirlo como “efecto latente”, descrito por Wallerstein en 1992, puede manifestarse hasta pasados 15 años del divorcio y se observa en un 60% de las mujeres que han vivido una ruptura matrimonial. El *sleeper effect* se manifiesta en forma de temor al rechazo por parte de la pareja cuando se intenta formar una nueva relación estable. (Perez Testor et al, 2009)

Judit Wallerstein fue la primera en realizar un estudio longitudinal del ajuste de los niños después del divorcio de los padres partiendo del punto de vista de los niños. Esta psicóloga es la única que hace un estudio cualitativo de cada niño dentro de su familia durante varias décadas, ya que realiza una investigación longitudinal de una duración de 25 años y, de este modo, es la primera en analizar de los efectos latentes “*Sleeper effects*” (Wallerstein y Lewis, 2004).

Es cierto que los efectos del divorcio a largo plazo no se empezaron a estudiar hasta bien entrados los años 80 (Garriga y Martínez Lucena, 2009), por lo que, a pesar de que la investigación en los niños en familias divorciadas ha crecido, los estudios longitudinales que estudian al niño desde la infancia hasta la adultez son escasos (Amato y Sobolewski, 2001; Wallerstein y Lewis, 2004). Sin embargo, son varios los

estudios que defienden esta perspectiva de que los efectos del divorcio continúan presente mucho tiempo después de que se produzca.

En primer lugar, por tal de argumentar que la existencia de estos efectos del divorcio y que no se trata de una consecuencia de factores familiares pre-divorcio - incluyendo factores genéticos - que predisponen a los niños a ciertos problemas emocionales y de comportamiento, se hace un estudio basado en una gran muestra de gemelos que demuestra que el divorcio mismo provoca nuevas condiciones que exacerban estas diferencias (Amato, 2000).

Por otro lado, algunos autores como Amato y Keith (1991), en un meta-análisis de 37 estudios que involucraban a 81.000 personas, concluyen que las consecuencias del divorcio parental a largo plazo en la calidad de vida en la edad adulta eran más severas que las consecuencias emocionales y sociales que aparecen a corto plazo. Por otro lado, los estudios longitudinales de Cherlin y colaboradores encontraron que la brecha en el bienestar psicológico entre los niños de padres divorciados o no divorciados creció más con el paso del tiempo, lo que sugiere que el divorcio de los padres tiene un impacto acumulativo no explicado por factores previos al divorcio (Amato, 2000; Amato y Sobolewski, 2001).

Además, concretamente en la transición a la edad adulta, que es la etapa en la que nos hemos centrado, encontramos que varios estudios han llegado a la conclusión de que los efectos psicológicos latentes que aparecen o reaparecen muchos años después del divorcio son frecuentes especialmente cuando los jóvenes entran en esta etapa (Amato y Keith, 1991; Wallerstein y Blakeslee, 1989; Wallerstein y Lewis, 1997, citado en Laumann-Billings y Emery, 2000), por lo que los individuos con padres divorciados corren un mayor riesgo de experimentar problemas psicológicos cuando llegan a la adultez (Amato y Sobolewski, 2001).

2.3. Posible etiología de los efectos latentes.

Para explicar estos efectos, muchos estudios asumen que las adversidades de la infancia están vinculadas con la salud mental en la edad adulta (Brown y Harris, 1989, citado en Amato y Sobolewski, 2001).

Amato (2000) explica dos probables mecanismos que justifican porque los problemas persisten en la adultez: por un lado, las dificultades económicas que puedan aparecer debido al divorcio de los padres podría llevar a algunos niños a abandonar planes académicos, lo que resulta en menor logro ocupacional y salarios inferiores una vez llegado a la adultez o, por otro lado, puede ser que el divorcio provoque que los hijos estén expuestos a pobres modelos parentales de

comportamiento interpersonal, produciendo dificultades para formar relaciones estables, satisfactorias e íntimas como adultos jóvenes. Por lo tanto, estas consideraciones sugieren que incluso si algunos niños muestran mejoras en el funcionamiento uno o dos años después de la ruptura matrimonial, los efectos retardados - *delayed effects* - del divorcio podrían aparecer solo cuando los niños han alcanzado la adultez joven (Amato, 2000).

Posteriormente, Amato y Sobolewski (2001) aclara que los procesos implicados en la aparición de los efectos latentes son tres: el nivel socioeconómico, la inestabilidad de las relaciones y la calidad de las relaciones entre los hijos y los padres, asumiendo que estos procesos están correlacionados. En cambio, una limitación de los estudios acerca de los efectos a largo plazo de las adversidades en la infancia es que las vías causales que los envuelven no se han examinado exhaustivamente (Kessler, Gillis-Light, Magee, Kendler y Eaves, 1997).

En conclusión, son muchos los estudios que manifiestan que el divorcio parental tienen consecuencias reales para el bienestar a largo plazo de los hijos (Amato, 2000; Cherlin, 1999; Emery, 1999; Furstenberg and Kiernan, 2011; Hetherington, 1998; McLanahan y Sandefur, 1994, citado en Amato y Sobolewski, 2001), como puede ser niveles más bajos de satisfacción con la vida y mayores niveles de afecto negativo que sus análogos de padres no divorciados (Yárnoz-Yaben y Garmendia, 2016) y, concretamente, es probable que aparezca en esta etapa de la vida que es la juventud adulta. Por lo tanto, vemos que existe un malestar relacionado con el divorcio parental en esta etapa.

2.4. Efectos latentes en cuanto a las relaciones de pareja de los hijos en la juventud adulta

Los adultos emergentes de padres divorciados muestran niveles más bajos de satisfacción con la vida y mayores niveles de afecto negativo que sus análogos de padres no divorciados (Yárnoz-Yaben y Garmendia, 2016). Por lo tanto, vemos que existe un malestar relacionado con el divorcio parental en esta etapa. Además, la familia es, de hecho, el contexto por excelencia en el que se generan las cualidades afectivas y la responsabilidad hacia los demás, ya sea con respecto a los hijos que se cuidan o al hombre o mujer a quien uno se compromete (Scabini, Marta y Lanz, 2006), por lo que experiencias anteriores positivas o negativas en la familia de origen están directamente relacionadas con las interacciones positivas o negativas de comportamiento entre parejas románticas adultas jóvenes (Masarik et al, 2013).

Por lo tanto, es importante entender los precursores y factores relacionados con el desarrollo positivo y saludable de relaciones románticas, especialmente en esta

etapa, y un factor importante para examinar es la influencia del divorcio parental (Lee, 2007), ya que tenemos que tener en cuenta que la relación entre padres e hijos a menudo sirve como base para el desarrollo de las relaciones entre compañeros y las relaciones íntimas en la edad adulta, además, los niños que experimentan el divorcio de sus padres pueden carecer de un importante proveedor de cuidado, acompañante y protector si les falta uno de sus padres (Van Schaick y Stolberg, 2001). De este modo, las experiencias que tienen los niños de los matrimonios de sus padres moldean sus ideas sobre los comportamientos relacionados con el matrimonio (Cunningham y Thronton, 2006), por lo que algunos estudios, como McCabe (1997), determinan que los hijos de padres divorciados, sobre todo los de sexo femenino, presentan dificultades en las relaciones de pareja en comparación a los hijos de familias intactas.

De modo que vamos a analizar si las diferentes investigaciones corroboran este malestar que aparece en los hijos de padres divorciados, aparezca también en las relaciones de pareja de estos jóvenes adultos, ya que hemos visto que es uno de los objetivos de esta etapa y, de este modo, uno de los aspectos a desarrollar más importantes.

2.4.1 Expectativas y actitud frente a las relaciones de pareja

Observamos que muchos años después del divorcio, este acontecimiento puede dejar a muchos jóvenes con algunas consecuencias que aparecen a largo plazo, entre los que podemos encontrar anhelos o dudas sobre sus relaciones familiares pasadas, presentes y futuras (Laumann-Billings y Emery, 2000). De este modo, afecta en la capacidad de amar y de ser amado dentro de una relación duradera y comprometida (Wallerstein y Lewis, 2004), además de que es posible que aborden las relaciones de pareja con mayor precaución (Weigel, 2007).

Parece ser que los hijos de padres divorciados, tanto hombres como mujeres, presentan deseos de encontrar el amor y actúan con cautela a ser heridos en las relaciones de pareja. Esto provoca que dos de cada tres jóvenes del estudio de Wallerstein y Lewis (2004) mostraran ansiedad, desesperación y temor ante la posibilidad de no conseguir una relación duradera, ya que presentan menos expectativas de éxito en cuanto a sus relaciones de pareja (Riggio y Weiser, 2008). Esta ansiedad provoca que las personas que han sufrido el divorcio de sus padres tienden a tener su primera pareja antes que las que proceden de una familia unida (Kiernan y Hobcraft, 1997).

Por último, hemos visto en apartados anteriores que esta etapa concluye en ocasiones cuando se consigue una relación de pareja más estable, en cambio, Amato y Booth (2001) y Wallerstein y Lewis (2004) defienden que los jóvenes adultos hijos de padres divorciados acostumbran a mostrarse más pesimistas sobre el hecho de mantener una relación durante toda la vida, ya que el divorcio de los padres puede provocar inseguridad en las relaciones románticas de los hijos adultos (Yu, 2007).

2.4.2. Estabilidad, calidad y compromiso

Tal y como hemos comentado anteriormente, las relaciones amorosas se componen de intimidad, pasión y compromiso, por lo tanto, este último es una parte importante de la calidad de la relación de pareja. En concreto, es el componente cognitivo, que tiene que ver con la decisión de amar y quedarse con el ser amado, y el componente ético de las relaciones de pareja (Scabini y Cigoli, 2007), el cual es necesario para sostener el componente afectivo o expresivo.

Los niveles de conflicto en las relaciones matrimoniales de los padres y, en concreto, el divorcio de éstos impacta negativamente sobre la calidad y la estabilidad de las relaciones íntimas de los hijos una vez llegan a la edad adulta (Amato y Sobolewski, 2001; Lee, 2007; Van Schaick y Stolberg, 2001; Yu, 2007). El modelo de sus padres provoca en estos jóvenes adultos que experimenten relaciones más inseguras y desconfiadas, así como apegos más ansiosos y evasivos en las relaciones íntimas (Mullett y Stolberg, 2002; Van Schaick y Stolberg, 2001).

También, los hijos de padres divorciados tienen un mayor número de conflictos en su pareja (Cui y Fincham, 2010) y, además, ante estos conflictos, presentan una mayor tendencia a manifestar pánico y deseo de huida, en lugar de afrontar y solucionar estos problemas (Wallerstein y Lewis, 2004). Esto provoca que eviten en cierto modo las relaciones comprometidas e íntimas, ya que las asocian a una alta probabilidad de enfrentarse a conflictos (Duran-Aydintug, 1997).

Algunos estudios determinan que no es tanto el divorcio el que explica unas relaciones de pareja de menor calidad de los hijos sino el conflicto interparental (Cui, Fincham y Pasley, 2008). Otras defienden que la crianza de los hijos es un mejor predictor de las creencias que tendrán éstos en cuanto al matrimonio que las interacciones interparentales (Masarik et al, 2013). En cambio, Axinn y Thornton (1996) y Cui y Fincham (2010) concluyen que el divorcio parental afecta a la actitud frente al matrimonio, la cual es algo más negativa en los hijos de padres divorciados, sobre todo en aquellos que no experimentan un nuevo matrimonio de sus padres.

Esto se debe a que las personas con padres divorciados tienen más probabilidades de recibir de la familia de origen mensajes más negativos sobre las relaciones íntimas, como puede ser que no son permanentes, que son infelices o que se pueden romper por la falta de confianza y fidelidad (Weigel, 2007).

Además, esta actitud frente al matrimonio está correlacionada con un compromiso más débil en las relaciones, y éste, junto a los conflictos de pareja, se relacionan con la calidad de las relaciones de pareja entre los jóvenes. También, el bajo compromiso con la relación, se correlacionó negativamente con la disolución de la relación (Cui, Fincham y Durtschi, 2011). Por el contrario, otros autores como Conway, Christensen y Herlihy (2003) encuentran que los jóvenes que provienen de familias en las que se ha producido el divorcio parental daban más importancia a algunos ideales de lealtad o intimidad que los hijos de familias intactas, entre los que se encuentra el compromiso, además del apoyo, la estabilidad y, sobre todo, el afecto y la aceptación.

Otro aspecto relacionado con la calidad de las relaciones es la comunicación. Mullett y Stolberg (2002) encuentran en su estudio que cuando las mujeres adultas jóvenes han experimentado el divorcio de sus padres durante la niñez, presentan menores niveles de comunicación constructiva y mayores niveles de evitación mutua en las parejas. En cambio, no sucede en los hombres, ya que parece ser que hay las hijas suelen implicarse más en el conflicto marital y toman partido en los argumentos, por lo que pueden aprender patrones de comunicación negativos debido a su mayor participación. Además, los niños, posteriormente al divorcio, suelen quedarse con su madre, por lo que las hijas están más expuestas al modelo del mismo sexo, por lo que también son más propensas a imitar los patrones de comunicación negativa de su madre.

Por otro lado, los hijos de padres divorciados muestran un débil compromiso con la norma del matrimonio de por vida (Riggio y Weiser, 2008) o presentan características de personalidad que interfieren con la armonía y estabilidad de la relación (Amato y Sobolewski, 2001). Amato y Deboer (2001) tratan de explicar esta falta de compromiso con la idea de que un matrimonio pueda ser para toda la vida se transmite a través de la percepción de valores sobre la familia, es decir, hay una transmisión intergeneracional de la falta de actitud y de valores a favor del matrimonio que los hijos perciben en la familia, lo que afecta en las decisiones sobre la propia vida, y también en los comportamientos de afrontamiento al conflicto en las relaciones románticas (Cui, Fincham y Pasley, 2008). Por lo tanto, los hijos de padres divorciados tienden más a apoyar comportamientos que supongan una alternativa al matrimonio (Axinn y Thronton, 1996; Cunningham y Thronton, 2006).

Duran-Aydintug (1997) defiende que aquellos que muestran estas actitudes son los que han experimentado conflictos parentales durante el matrimonio y después del divorcio, tenían contacto escaso con uno de los progenitores - normalmente el padre - y los padres habían cambiado de pareja varias veces o, incluso, se había vuelto a casa más de una vez.

Por lo tanto, vemos que los jóvenes adultos que han vivido el divorcio parental, sobre todo las mujeres, no idealizan tanto el matrimonio como aquellas que son hijas de familias intactas (Sprecher, Cate y Levin, 1998) y, más que comprometerse, en esta etapa de la vida afirman que no están preparados para el matrimonio (Wallerstein y Lewis, 2004). Los individuos con padres divorciados también acostumbran a cohabitar y a hacerlo a una edad más temprana que los hijos de padres no separados o, al menos, se muestran con una actitud más favorable hacia esta decisión, ya que la perciben como un matrimonio de prueba durante el cual uno se da cuenta de si la relación funciona y, en el caso de que no sea así, se puede salir sin complicaciones legales y/o económicas (Axinn y Thornton, 1996; Cunningham y Thornton, 2006; Duran-Aydintug, 1997; Furstenberg y Teitler, 2003).

Wallerstein y Lewis (2004) encuentra que, aunque en algunos aspectos no se muestran diferencias entre hombre y mujer, en otros sí que muestran algunas diferencias. En el caso de los hombres, el 42% no había cohabitado más de 6 meses con una pareja - frente al 6% del grupo de comparación -, algunos habían resultado excesivamente heridos por el fracaso de un primer romance y otros eran en sus relaciones con las mujeres asombrosamente pasivos y desordenados al responder a los deseos o quejas de su pareja. En cambio, en el caso de las mujeres, todas habían estado en relación - breve o duradera -, parecían impulsadas por ira hacia los hombres, algunas reconocían haber aceptado casarse con un hombre por miedo a que nadie más se lo pidiese, por lo que tienden a casarse a una edad más temprana (Kuh y Maclean, 1990, McLanahan y Bumpass, 1988, citados en Kiernan y Hobcraft, 1997). Además, se sienten especialmente culpables por disfrutar de una relación más feliz con un hombre de lo que sus madres pudieron lograr (Wallerstein y Lewis, 2004). Por lo tanto, vemos que la separación parental ejerce un impacto negativo en el compromiso con las relaciones de pareja de las hijas de estas parejas (Lee, 2007).

2.4.3 Transmisión intergeneracional del divorcio

A consecuencia de todo esto que hemos expuesto, los hijos de padres divorciados tienden a tener más insatisfacción, problemas y conflictos en sus propios

matrimonios (Amato y Booth, 2001; Yu, 2007), es decir, el divorcio parental está relacionado con niveles más altos de conflicto en las relaciones románticas de los hijos (Cui, Fincham y Pasley, 2008; Riggio y Weiser, 2008). El enfoque de transmisión intergeneracional postula que los hijos observan cómo interactúan los padres en su matrimonio y luego usan esos modelos para guiar sus propios comportamientos posteriores en sus relaciones románticas futuras (Amato y Booth, 2001). Además, tenemos que tener en cuenta que estos jóvenes adultos han experimentado la desaparición de algo que se suponía que duraría para siempre (Van Schaick y Stolberg, 2001).

Esta problemática lleva a que los hijos de padres divorciados tengan una mayor probabilidad de divorcio una vez alcanzan la juventud adulta (Amato, 2014; Furstenberg y Teitler, 2003; Kiernan y Hobcraft, 1997; Mullett y Stolberg, 2002), en concreto, la probabilidad que tienen los hijos de padres divorciados de que su propio matrimonio termine en divorcio es de casi el doble, comparada con la de los hijos de familias intactas (Amato y DeBoer, 2001; Emery, 2006) y aumenta de forma exponencial si los dos miembros de la pareja son hijos de padres divorciados (Amato, 1996, citado en Garriga y Martínez Lucena, 2009). Es decir, los hijos de padres divorciados tienden a tener más pensamientos y una actitud más positiva hacia el divorcio cuando son jóvenes adultos que aquellos que no han padecido el divorcio de sus padres (Amato y DeBoer, 2001; Axinn y Thornton, 1996; Cui y Fincham, 2010; Cunningham y Thornton, 2006; Duran-Aydintug, 1997), presentando ideas como que el divorcio ha sido un alivio para todos los miembros de la familia o que el divorcio era la salida más fácil a la situación problemática que estaba viviendo (Duran-Aydintug, 1997).

Esta actitud hacia el divorcio se asocia con una mayor disolución de las relaciones en estos casos durante un período de 14 semanas (Cui, Fincham y Durtschi, 2011) y disminuye en los últimos años (Amato y DeBoer, 2001). Aun así, esta influencia es tal que Amato y Cheadle (2005, citado en Garriga y Martínez Lucena, 2009) observan que el divorcio de los padres no aumenta la probabilidad del divorcio, sino que puede tener efectos en los hijos de éstos, es decir, en los nietos del primer matrimonio divorciado. Asimismo, parece ser que la influencia es mayor en las hijas que en los hijos, ya que las mujeres jóvenes muestran una actitud más favorable hacia el divorcio que los hombres jóvenes (Cui, Fincham y Durtschi, 2011).

Asimismo, Duran-Aydintug (1997) encuentra que los jóvenes adultos que han padecido el divorcio de sus padres están en contra de estigmatizar a las personas divorciadas como si hubiesen fracasado sin conocer su historia y circunstancias, ya que lo consideran injusto.

2.4.4. Relaciones sexuales

Cada vez es más evidente que, en los países desarrollados, aquellos que experimentan la ruptura del matrimonio de sus padres durante la infancia difieren de aquellos que no lo hacen con respecto al comportamiento sexual (Kiernan y Hobcraft, 1997). Además, vemos que estos jóvenes dan más importancia a la pasión que aquellos que provienen de familias intactas (Conway, Christensen y Herlihy, 2003). De este modo, vamos a ver cuáles son estas diferencias en diferentes ámbitos relacionados con la sexualidad de los jóvenes adultos.

Por un lado, se habla del inicio precoz y aumento de la frecuencia de las relaciones sexuales en aquellos jóvenes que han sufrido el divorcio de sus padres.

Las interacciones interparentales en la infancia pueden influir directamente en las interacciones tempranas en las relaciones románticas de los adultos (Masarik et al, 2013). En concreto, diversas investigaciones han demostrado que el divorcio de los padres incide en el inicio precoz de las relaciones sexuales (Furstenberg y Teitler, 2003; Kiernan y Hobcraft, 1997), es decir, los hijos/as de hogares monoparentales, comparados con los de hogares intactos, comienzan a una edad más temprana las actividades sexuales y las realizan con más frecuencia. Este hecho ha provocado que durante el período en el que han aumentado sustancialmente la proporción de niños cuyos padres se habían divorciado, también ha habido cambios significativos en la edad media del primer coito (Cantón et al, 2002; Kiernan y Hobcraft, 1997). Spreacher, Cate y Levin (1998) encuentran que este hecho de que los hijos de las parejas divorciadas, ya que son sobre todo los de sexo masculino, empezaran la actividad sexual de una manera más precoz podría estar asociado a que éstos puntúan más alto en escalas de amor erótico que los hombres de familias intactas.

Como comentábamos anteriormente, muchos experimentan ansiedad ante la idea de no conseguir una relación duradera, lo que lleva a realizar elecciones impulsivas y destructivas, a ocultar su búsqueda de amor detrás de la promiscuidad. Esto es un fenómeno llamado actuación contrafóbica, que se da principalmente en mujeres y que consiste en contrarrestar este temor con una utilización de la promiscuidad, de modo que están constantemente acompañadas. Muchas de estas mujeres confiesan que se sienten obligadas a atraer, conquistar, rechazar y avanzar rápidamente con los hombres que conocen (Wallerstein y Lewis, 2004). Además, reconocen que tienen más parejas o citas que sus iguales que no han padecido el divorcio parental (Duran-Aydintug, 1997).

Por el contrario, es posible que los hijos de familias divorciadas reaccionen evitando el contacto íntimo. Hetherington relaciona una alta ansiedad en los adultos jóvenes

de las familias divorciadas con las relaciones con el sexo opuesto y con la paternidad (Wallerstein y Lewis, 2004).

Por otro lado, Wallerstein y Lewis (2004) afirman que muchos de los individuos del estudio longitudinal realizado argumentaban que les costaba relacionar la intimidad sexual con el amor.

Estos autores en su estudio observan que varios de los sujetos cesaron su comportamiento promiscuo o provocativo adquiriendo cónyuges estables, que eran generosos y cariñosos y conscientes de los problemas. Este fenómeno permitió observar que el grupo que retrasó el matrimonio hasta los 30 años no había experimentado relaciones de pareja durante los 20 años pero sí relaciones sexuales, de manera que los hijos de padres divorciados se muestran más favorables al sexo antes del matrimonio que los hijos de padres casados (Cunningham y Thronton, 2006). Sin embargo, parecían haber aprendido a elegir con más cuidado y con mayor confianza en sí mismos en el momento en que alcanzaron los 30 años, por lo que vemos que en cierto modo la juventud adulta es una etapa de maduración si hablamos del terreno sexual (Wallerstein y Lewis, 2004).

Por último, en cuanto a la paternidad, en el estudio de Wallerstein y Lewis (2004) solo un 40% opta por ésta y el resto dijo que no estaban interesados en tener hijos. Otros estudios demuestran, en cambio, que los hijos de parejas divorciadas, tanto hombres como mujeres, se convertían en padres antes que los hijos de familias intactas (Furstenberg y Teitler, 2003; Kiernan y Hobcraft, 1997) y, especialmente, fuera del matrimonio (Amato, 2014).

Cherlin, Kiernan y Chase-Landsdale (1995, citado en Kiernan y Hobcraft, 1997), sugieren que la aparición temprana de las relaciones sexuales puede ser un factor importante que subyace a la tendencia observada de los niños de familias divorciadas a convertirse en padres a edades más tempranas que sus iguales que no han experimentado el divorcio de sus padres. En concreto, las hijas, como consecuencia de la mayor promiscuidad, presentan una mayor probabilidad de convertirse en madres adolescentes (Cantón et al, 2002). Aun así, los hijos de madres divorciadas que se divorcian y no vuelven a casarse, prefieren familias significativamente más pequeñas que los hijos de madres que nunca se divorciaron, lo que puede cambiar con un nuevo matrimonio de la madre (Axinn y Thornton, 1996).

2.4.5. Factores post-divorcio que influyen en la aparición de estos efectos en las relaciones de pareja

Las consecuencias relativas a la calidad de las relaciones de pareja que se observan en los hijos de padres divorciados una vez alcanzan la juventud adulta, podrían explicarse por diversos factores que aparecen tras el divorcio de sus padres.

En primer lugar, algunos autores defienden que los problemas en las relaciones interpersonales podrían estar provocados por un déficit de habilidades sociales en los adultos criados de familias divorciadas (Amato, 2000; Amato y Sobolewski, 2001), así como un repertorio de comportamientos interpersonales que atentan contra la calidad y estabilidad de la relación de pareja (Cui y Fincham, 2010; Yu, 2007). Esto se debe a que las experiencias en la familia de origen son un contexto importante para adquirir comportamientos sociales que promueven o dificultan el éxito en relaciones románticas posteriores (Bryant y Conger, 2002, citado en Masarik et al, 2013; Riggio y Weiser, 2008). La familia es uno de los ámbitos en los que las personas forman esquemas relacionales o representaciones sobre el funcionamiento de las relaciones de pareja, por lo que el divorcio puede afectar directamente a la formación de estos esquemas, y por lo tanto, posteriormente, a la calidad y satisfacción de las relaciones posteriores. Esto se debe a que, cuando las personas cuentan con escasa experiencia en las relaciones íntimas, la información que reciben de la observación de las relaciones románticas de otros es más influyente (Smith, 2015).

Por otro lado, tienen problemas especiales con el manejo de conflictos dentro de sus propios matrimonios (Amato, 2000; Amato y DeBoer, 2001), ya que el divorcio de sus padres supone no haber aprendido aspectos sobre la convivencia en pareja, sobre cómo lidiar con las diferencias y sobre cómo resolver los conflictos, de manera que cuando el niño llega a la edad adulta, carece de buenas imágenes de la convivencia de una relación estable, debido a que sus padres no le han podido transmitir buenos modelos de relación matrimonial y no han podido aprender las habilidades y actitudes necesarias para una satisfactoria conducta interpersonal (Amato, 1996, citado en Garriga y Martínez Lucena, 2009), lo que se convierte en el impedimento central que bloquea el camino del desarrollo del niño (Wallerstein y Lewis, 2004).

También, algunas investigaciones proponen la presencia en los hijos jóvenes adultos de padres divorciados de un temor a que les pase lo mismo que a sus padres una vez que llegan a esta etapa (Van Schaick y Stolberg, 2001; Wallerstein y Lewis, 2004), impidiendo su desarrollo en la adultez completa y, a pesar de que muchos consiguen superar estos miedos, puede llevarles 10 años o más. Uno de estos

temores es el que llaman “the fear of the second shoe dropping” - el miedo a la caída del segundo zapato -, que es una convicción de que cuánto más felices se sientan estando en pareja, mayor amenaza existe de perder la fuente de esa felicidad, por lo que, incluso formando parte de relaciones aparentemente estables y satisfactorias, tenían una sensación de malestar, un fuerte presentimiento de que su felicidad podría ser de corta duración, que ellos de alguna manera no merecían estar en una unión feliz y duradera (Wallerstein y Lewis, 2004). Por otro lado, también es posible que la exposición a experiencias negativas de los padres con la vida familiar, provoca un deseo de evitar el involucramiento en experiencias similares y, por lo tanto, una reducción del entusiasmo por la vida familiar (Axinn y Thornton, 1996; Van Schaick y Stolberg, 2001).

Estos mismo autores, Axinn y Thornton (1996), proponen dos causas que provocan algunos de los efectos. Por un lado, defienden que los niños que han sufrido el divorcio de sus padres están expuestos probablemente a la participación postmarital de sus padres en el proceso de nuevos noviazgos que posiblemente implique actividad sexual y cohabitación en algunos casos sin haber contraído matrimonio de nuevo, lo que provoca una actitud más positiva hacia estos comportamientos por parte de los hijos. En el caso de la cohabitación, además, tiene que ver con la desilusión de los niños con el matrimonio y, por lo tanto, la aprobación de una alternativa a éste.

3. INVESTIGACIÓN EMPÍRICA

3.1. Método

3.1.1 Sujetos

La muestra del siguiente estudio constó de 337 participantes de entre 20 y 30 años, siguiendo la delimitación que realizan Scabini, Marta y Lanz (2006) de la juventud adulta en los países europeos. Además, se delimitó la muestra a jóvenes catalanes (Barcelona, Girona, Lleida y Tarragona), por tal de contar con individuos con un contexto cultural similar.

Inicialmente, la muestra constaba de 358 participantes, los cuales fueron filtrados debido a que algunos no reunían las características que se buscaban en esta muestra. Se eliminaron 21 encuestas respondidas por diferentes motivos: 3 debido a que el divorcio parental se había producido hace menos de dos años, 10 por ser respondidas por participantes que eran de fuera de Cataluña y 8 de fuera de España.

Por otro lado, por tal de poder responder a los objetivos de esta investigación, la muestra está dividida en 135 participantes provenientes de familias en las que se ha producido el divorcio parental (40%) y 202 individuos de familias intactas (60%).

Por último, se recogieron diferentes variables sociodemográficas de los participantes como el sexo, el nivel de estudios y la situación actual, por tal de controlar que no sean otras variables relacionadas con los sujetos las que lleven a las diferencias o similitudes entre ambas muestras (hijos de padres divorciados o hijos de familias intactas) en lugar del divorcio en sí. El 72,4% de los participantes fueron mujeres y el 27,6% hombres. En cuanto a los estudios, los diferentes niveles en los que se situaban nuestros encuestados fueron: estudios primarios (1,2%), Educación Secundaria Obligatoria (9,8%), bachillerato (27,3%), ciclos formativos (37,4%), grados universitarios (18,7%) y, finalmente, máster o postgrado (5,6%). Respecto a la situación actual, solo el 3% de los participantes estaban desocupados y el resto de la muestra se dividió de manera bastante uniforme en cuanto a personas que se encontraban estudiando (31,8%), trabajando (32%) o ambas cosas (33,2%).

En cuanto a estas variables sociodemográficas, no observamos diferencias significativas en cuanto a sexo ($p = 0,238$), nivel de estudios ($p = 0,187$) y situación actual ($p = 0,063$) entre los dos grupos de la muestra (hijos de padres divorciados e hijos de familias intactas) que puedan provocar diferencias en sus respuestas. En cambio, sí obtenemos diferencias significativas en el caso de la variable que tiene

que ver con la provincia ($p = 0,005$) en la que viven los entrevistados, ya que la distribución de los sujetos es la siguiente:

TABLA 1. DISTRIBUCIÓN DE LOS SUJETOS EVALUADOS SEGÚN LA PROVINCIA

	TOTAL	FAMILIAS INTACTAS	PADRES DIVORCIADOS
BARCELONA	289 (85,8%)	182 (90,1%)	107 (79,3%)
GIRONA	17 (5%)	10 (5%)	7 (5,2%)
TARRAGONA	21 (6,2%)	5 (2,5%)	16 (11,9%)
LLEIDA	10 (3%)	5 (2,5%)	5 (3,7%)

Por lo tanto, vemos que no hay una distribución uniforme en ambos grupos en cuanto a la provincia en la que se ubican. En cambio, consideramos que el lugar de residencia no tiene por qué afectar en la percepción que tienen los sujetos sobre las relaciones de pareja, de modo que no pensamos que esta diferencia significativa tenga que afectar en las respuestas que dan los sujetos en nuestra encuesta.

3.1.2 Instrumentos

El instrumento utilizado para realizar el estudio fue un cuestionario *ad hoc* formado por 16 preguntas.

Los primeros 5 ítems se realizaron por tal de recoger la información sociodemográfica necesaria para hacer la clasificación de la muestra: edad, sexo, nivel de estudios, situación actual y lugar de domicilio.

A continuación, las dos siguientes cuestiones que constan en la encuesta son “¿Tus padres se han divorciado y/o separado?” y “En caso de que estén divorciados/separados, ¿Qué edad tenías cuando ocurrió?”. La primera pregunta tenía el único objetivo de diferenciar los dos grupos necesarios para hacer el estudio: jóvenes adultos hijos de padres divorciados y sus análogos provenientes de familias intactas. La segunda pregunta, en cambio, se realizó para conocer el tiempo transcurrido desde el divorcio parental. Teniendo en cuenta que la mayoría de los niños acaban adaptándose a los dos años del divorcio (Amato, 2000; Smith, 2015), conocer la edad en la que ocurrió nos permitía garantizar que las respuestas actuales no eran parte del “proceso de duelo” habitual que sigue al divorcio durante los dos años posteriores, sino que si observamos alguna consecuencia ya sería un efecto a largo plazo. Por lo tanto, los participantes del estudio que hemos realizado habían sufrido el divorcio de sus padres desde que tenían apenas meses hasta los 18 años, ya que permite que haya pasado el tiempo necesario para adaptarse a la nueva situación antes de iniciar la edad adulta y, además, hemos utilizado de

referencia el estudio longitudinal de Wallerstein y Lewis (2004), el cual se llevó a cabo con una muestra de niños hasta esta edad.

A continuación, el resto de preguntas pretenden medir diferentes variables que, según los artículos revisados, presentan diferencias entre los hijos de padres divorciados y de padres que permanecen casados. Por un lado, se realizaron diferentes afirmaciones, en las que se pedía al evaluado que indicara su nivel de acuerdo con unas respuestas tipo Likert con 4 niveles (1 = muy de acuerdo, 2 = bastante de acuerdo, 3 = poco de acuerdo y 4 = nada de acuerdo).

En primer lugar, elaboramos un grupo de ítems dirigidos a observar la actitud que los jóvenes adultos evaluados tenían respecto a las relaciones de pareja. Concretamos que debía responder en función a las parejas en general, no tenía que ser exclusivamente en referencia a su pareja actual, en el caso de que la tenga. De este modo, las afirmaciones "*Me preocupa o temo que mi relación termine sin ningún motivo aparente*" y "*Siento que no merezco una unión feliz y duradera con mi pareja*" pretendían medir si aparecen en los hijos de padres divorciados menores expectativas de éxito en cuanto a sus relaciones de pareja (Riggio y Weiser, 2008) o temores citados anteriormente, como el de "*the fear of the second shoe dropping*" del que hablan Wallerstein y Lewis (2004). Además, en el caso del segundo ítem también se buscaba analizar si se reflejaba la culpabilidad por disfrutar de una relación más feliz y duradera que la que sus padres pudieron lograr de la que hablan estos mismos autores. Por otro lado, esta misma pregunta tiene dos ítems más que son "*Espero encontrar una pareja con la que tener una relación estable y duradera*" y "*Prefiero estar soltero/a*". En este caso, el objetivo de éstos era detectar si aparecía en el sujeto evaluado una actitud pesimista en cuanto a la posibilidad de mantener una relación duradera, tal y como comentan Amato y Booth (2001) y Wallerstein y Lewis (2004).

Seguidamente, encontramos otra pregunta similar a la anterior, en cambio, en este caso las afirmaciones se referían a los conflictos de pareja, ya que algunos autores hacen referencia a que los hijos de padres divorciados tienden a tener más conflictos en sus propias relaciones de pareja que aquellos que pertenecen a familias intactas (Amato y Booth, 2001; Cui y Fincham, 2010; Cui, Fincham y Pasley, 2008; Yu, 2007). En este caso también se aclaró que no refería a la pareja actual, sino que hacía referencia a las parejas en general. En concreto, las afirmaciones utilizadas fueron "*Me cuesta mucho manejar los conflictos de pareja*", "*Una vez la situación está más tranquila, acostumbro a resolverlos sin dificultad*", "*Tiendo a huir de los conflictos*" y "*Me provocan mucho malestar (los conflictos), ya que temo que la relación se acaba como consecuencia de estos conflictos*". En el caso de las dos

primeras, recogen si existen o no dificultades en el joven adulto para el manejo de conflictos dentro de sus propias parejas, ya que varios autores refieren que éstas aumentan en los casos de aquellos que han vivido el divorcio parental (Amato, 2000; Amato y DeBoer, 2001). Esto produce que ante los conflictos presenten un mayor malestar y un deseo de huida según algunas investigaciones (Wallerstein y Lewis, 2004), por lo que decidimos medir estos sentimientos con las otras dos afirmaciones. Tras estas preguntas, introducimos el tema del matrimonio con la cuestión de “¿Te gustaría casarte?”, la cual tenía diferentes posibilidades de respuesta: “Sí, por supuesto”, “Sí, pero más adelante”, “No”, “No lo sé, no me siento preparado/a” o “Ya me he casado”. Esta pregunta nos permite ver qué actitud tiene el sujeto en cuanto al matrimonio, ya que algunos autores como Axinn y Thronton (1996) y Cui y Fincham (2010) observan que el divorcio parental afecta negativamente en ésta. A continuación, aquellos que hubiesen respondido “Ya me he casado”, debían responder “En caso de que te hayas casado, ¿te has divorciado y/o separado?”, por tal de ver si en nuestra muestra se manifestaba la mayor probabilidad de divorcio que según varias investigaciones existe en los jóvenes adultos que han sufrido el divorcio parental (Amato, 2014, Amato y Deboer, 2001, Emery, 2006; Furstenberg y Teitler, 2003; Kiernan y Hobcraft, 1997;).

Después, en la misma línea tenemos otro grupo de ítems con opciones de respuesta tipo Likert que hacen referencia al matrimonio. En este caso las afirmaciones son “El matrimonio es una unión de por vida”, “Existe la posibilidad de que sucedan situaciones muy concretas que puedan romper el matrimonio” y “El matrimonio ya no significa ese compromiso de por vida que conllevaba antiguamente”. En este caso, se pretendía ver si se cumplía lo que Amato y Sobolewski (2001), Amato y Deboer (2001) y Riggio y Weiser (2008) defendían acerca de que los hijos de padres divorciados muestran un débil compromiso con la norma del matrimonio de por vida o presentan dificultades para mantener la estabilidad de una relación.

También, buscábamos analizar si en nuestra muestra se daban diferencias significativas en cuanto a la actitud hacia el divorcio, ya que, como ya hemos explicado, algunas investigaciones sostienen que el divorcio parental provoca un actitud más positiva hacia el divorcio en los jóvenes adultos (Amato y DeBoer, 2001; Axinn y Thornton, 1996; Cui y Fincham, 2010; Cunningham y Thronton, 2006; Duran-Aydintug, 1997), causando la mayor probabilidad de que suceda también en los hijos que comentábamos antes. Por lo tanto, pedimos a los evaluados que respondieran su grado de acuerdo respecto a las siguientes afirmaciones: “Jamás me divorciaría, ya que es un proceso que provoca mucho sufrimiento a los involucrados”, “En caso

de que no funcione, es una buena opción”, *“Es una posibilidad pero espero no tener que recurrir a él”* y *“Casi todos los matrimonios acaban en divorcio”*.

El siguiente tema tratado son las relaciones sexuales, por lo que preguntamos *“¿Has tenido relaciones sexuales?”* y *“En caso afirmativo, ¿A qué edad tuviste la primera relación sexual?”*. El objetivo de estas cuestiones era comparar si la edad de inicio de las relaciones sexuales era más temprana en el caso de hijos de divorciados que en el caso de jóvenes adultos que han crecido en familias intactas, tal y como algunos autores defienden (Furstenberg y Teitler, 2003; Kiernan y Hobcraft, 1997).

Ya por último, siguiendo con el tema de la sexualidad, hacemos una última cuestión en la que el evaluado debe responder a diferentes afirmaciones en cuanto a su grado de acuerdo. Las 4 primeras eran *“Las relaciones sexuales siempre están directamente relacionadas con el amor”*, *“He tenido relaciones en ocasiones solo por placer”*, *“Las relaciones sexuales no están relacionadas con el amor”* y *“Normalmente tengo relaciones con otra persona únicamente sexuales”*. Todas pretendían analizar si los evaluados pensaban que las relaciones sexuales estaban directamente relacionadas con el amor y también, si en su experiencia, siempre había sido así, ya que Wallerstein y Lewis (2004) comentan que muchos de los individuos que habían vivido el divorcio parental tenían dificultades para relacionar la sexualidad con el amor. Por otro lado, estos mismos autores refieren que, por el contrario, algunos de los individuos reaccionan evitando las relaciones sexuales, lo que pretendimos analizar con el último ítem, el cual era *“A veces me cuesta mantener relaciones sexuales incluso con mi pareja, llegando a evitarlo”*

El tiempo de respuesta orientativo es de 5 a 10 minutos, ya que es un cuestionario rápido de responder pero, no podemos saberlo con certeza, debido a que, como comentaremos más adelante, se ha realizado *online*, de modo que es difícil saber el tiempo medio que han tardado los evaluados en responderlo.

3.1.3. Procedimiento

El cuestionario fue administrado completo durante el mes de mayo del 2017 y se hizo íntegramente online, mediante la plataforma de formularios de Google Drive. En este formulario se explicaba a los participantes que se trata de un cuestionario anónimo, por lo que no es posible relacionar las respuestas facilitadas con el sujeto que las realiza (Ver Anexo).

El muestreo fue de tipo no probabilístico, en concreto, de tipo accidental o errático, ya que la formación de la muestra se formó por los individuos que se presentaron. Este procedimiento fue realizado mediante la publicación del cuestionario en redes sociales, concretamente en Facebook e Instagram, de modo que se fueron

presentando aquellos sujetos entre mis contactos que lo deseaban. A partir de aquí, algunos, sobre todo aquellos que no podían colaborar debido a que no estaban dentro de la franja de edad solicitada (de 20 a 30 años), compartieron el cuestionario también con sus contactos en sus redes sociales, produciéndose la técnica de bola de nieve, es decir, pasando de unos sujetos a otros.

Por otro lado, cuando estábamos realizando la recogida de la muestra, nos encontramos con dos grupos muy desequilibrados, ya que los hijos de padres divorciados solo eran un 20% de los encuestados, de modo que algunos participantes se eligieron de forma intencional con el objetivo de obtener una muestra equilibrada en cuanto a participantes hijos de padres divorciados e hijos de familias intactas. En este caso, recurrimos a aquellos contactos que conocíamos que reunían las características necesarias (hijos de padres divorciados con una edad de entre 20 y 30 años) y nos pusimos en contacto directamente con ellos para proponerle la realización del cuestionario.

3.1.4. Análisis

El análisis estadístico de los datos obtenidos mediante el cuestionario se realizó mediante el programa estadístico informático SPSS.

En primer lugar, realizaremos un análisis descriptivo de los resultados, en términos de frecuencias absolutas y frecuencias relativas (porcentajes), para las variables cualitativas o categóricas, e indicadores de tendencia central y dispersión (media, desviación típica, moda y rango), para las variables cuantitativas para conocer la distribución de la muestra total y en función del divorcio parental.

En segundo lugar, analizamos las variables cualitativas o categóricas. Para conocer si existían diferencias significativas entre los dos grupos de la muestra (hijos de padres divorciados e hijos de familias intactas) en cuanto a las variables sociodemográficas de éstos, utilizamos las pruebas de Chi-cuadrado. También utilizamos esta misma prueba para valorar si había diferencias significativas en las preguntas con respuestas categóricas como eran la pregunta 5 (*¿Te gustaría casarte?*) y la pregunta 9 (*¿Has tenido relaciones sexuales?*).

Después, analizamos las variables cuantitativas. Para hallar diferencias significativas entre los dos grupos en sus respuestas en las preguntas de respuesta tipo Likert, se utilizó la prueba U de Mann-Whitney para muestras independientes en poblaciones no normales. Mediante esta prueba conoceremos si tenemos que mantener la hipótesis nula (La distribución en las respuestas es la misma en las dos categorías) o debemos rechazarla. También utilizamos esta prueba estadística para analizar si

existía la significación de las diferencias en la pregunta 10 (*En caso afirmativo, ¿A qué edad tuviste la primera relación sexual?*), tras comprobar que la muestra no sigue la normalidad con la prueba de normalidad Shapiro-Wilk.

3.2. Resultados

En primer lugar, podemos ver algunos de los estadísticos descriptivos de las preguntas realizadas con respuestas tipo Likert, en concreto, los ítems P3, P4, P7, P8 y P11 (Ver Anexo).

Tenemos en la siguiente tabla la muestra que ha respondido cada una de las preguntas, la media, la desviación estándar y la moda, separados por los dos grupos que tenemos en la muestra: hijos de padres divorciados e hijos de familias intactas. Además, también encontramos el resultado obtenido en la Prueba U de Mann-Whitney para cada una de las preguntas y el grado de significación (p) (Ver Tabla 1). En cuanto a estas preguntas, los resultados de la prueba U de Mann-Whitney para muestras independientes han mostrado la existencia de diferencias significativas en 6 de los 24 ítems analizados. Las diferencias significativas se observan en los ítems P3B, P7C, P8B, P8C, P8D y P10.

En primer lugar, una significación de $p=.000$ indica que hay diferencias significativas en la afirmación de "*Siento que no merezco una unión feliz y duradera con mi pareja*" (P3B). En concreto, los hijos de padres divorciados manifiestan más acuerdo ($M= 1.56$; $DE= .82$) con esta idea que los hijos de familias intactas ($M= 1.21$; $DE= .54$)

Del mismo modo, también se demuestra con esta prueba que la distribución en cuanto al ítem "*El matrimonio ya no significa ese compromiso de por vida que conllevaba antiguamente*" (P7C) no es la misma entre las dos categorías, ya que los hijos de padres divorciados muestran menos acuerdo ($M= 2.96$; $DE= .92$) que los hijos de familias intactas ($M= 3.16$; $DE= .89$) con un grado de significación de $p=.041$.

Por otro lado, con una significación de $p=.014$ nos demuestra que también hay diferencias significativas entre los dos grupos en cuanto a la afirmación que dice que "*En el caso de que no funcione, es una buena opción*" (P8B), haciendo referencia al divorcio. En este caso, los hijos de padres divorciados están menos de acuerdo ($M= 3.11$; $DE= .76$) con esta idea que sus análogos de familias intactas ($M= 3.31$; $DE= .71$).

TABLA1. ESTADÍSTICOS DESCRIPTIVOS Y COMPARACIÓN DE GRUPOS EN LOS ÍTEMS EN FUNCIÓN DEL DIVORCIO PARENTAL

Nº	ÍTEM	N		MEDIA (DE)		MODA		U	p
		INT	DIV	INT	DIV	INT	DIV		
P3A	Me preocupa o temo que mi relación termine sin ningún motivo aparente	202	135	2.25 (.96)	2,23 (.94)	3	3	13513.0	,884
P3B	Siento que no merezco una unión feliz y duradera con mi pareja	202	135	1.21 (.54)	1.56 (.82)	1	1	10652.0	,000
P3C	Espero encontrar una pareja con la que tener una relación estable y duradera	202	135	3.33 (.88)	3.26 (.86)	4	4	12789.5	,288
P3D	Prefiero estar soltero/a	202	135	1.84 (.78)	1.82 (.85)	2	1	13231.0	,618
P4A	Me cuesta mucho manejar los conflictos de pareja	202	135	2.02 (.71)	2.13 (.83)	2	2	12667.5	,227
P4B	Tiendo a huir de los conflictos	202	135	1.90 (.89)	1.95 (1.00)	1	1	13528.5	,897
P4C	Me provocan mucho malestar, ya que temo que las relaciones se acabe como consecuencia de estos conflictos	202	135	2.35 (.96)	2.39 (.95)	2	3	13304.0	,693
P4D	Una vez la situación está más tranquila, acostumbro a resolverlos sin dificultad.	202	135	2.98 (.84)	2.99 (.80)	3	3	13563.0	,929
P7A	El matrimonio es una unión de por vida	202	135	2.25 (1.01)	2.25 (.92)	3	2	13578.5	,946
P7B	Existe la posibilidad de que sucedan situaciones muy concretas que puedan romper el matrimonio	202	135	3.15 (.74)	3.10 (.70)	3	3	13004.5	,428
P7C	El matrimonio ya no significa ese compromiso de por vida que conllevaba antiguamente	202	135	3.16 (.89)	2.96 (.92)	4	3	11943.0	,041
P8A	Jamás me divorciaría, ya que es un proceso que provoca mucho sufrimiento en todos los involucrados	202	135	1.56 (.69)	1.57 (.65)	1	1	13421.5	,785
P8B	En el caso de que no funcione, es una buena opción	202	135	3.31 (.71)	3.11 (.76)	4	3	11691.0	,014
P8C	Es una posibilidad pero espero no tener que recurrir a él	202	135	3.24 (.83)	3.12 (.73)	3	3	12003.5	,042
P8D	Casi todos los matrimonios acaban en divorcio	202	135	1.84 (.72)	2.24 (.83)	2	2	995.0	,000
P11A	Las relaciones sexuales siempre están directamente relacionadas con el amor.	202	135	2.11 (.88)	1.99 (.82)	2	2	12769.5	,296
P11B	En alguna ocasión he tenido relaciones sexuales solo por placer	202	135	2.65 (1.13)	2.54 (1.15)	3	3	12900.0	,385
P11C	Las relaciones sexuales no están relacionadas con el amor.	202	135	2.13 (.90)	2.21 (.90)	2	2	12725.0	,272
P11D	Normalmente tengo relaciones con otra persona únicamente sexual	202	135	1.63 (.91)	1.73 (.94)	1	1	12805.0	,285
P11E	A veces me cuesta mantener relaciones sexuales incluso con mi pareja, llegando a evitarlo.	202	135	1.38 (.68)	1.55 (.79)	1	1	12293.0	,061

N = muestra; DIV = hijos de padres divorciados; INT = Hijos de padres no separados
 1 = Nada de acuerdo; 2 = Poco de acuerdo; 3 = Bastante de acuerdo; 4 = Muy de acuerdo

Lo mismo pasa con la afirmación “*Es una posibilidad pero espero no tener que recurrir a él*” (P8C), también refiriéndonos al divorcio. En este caso, con una significación de $p=.042$, se manifiesta una diferencia significativa en la distribución entre los grupos en esta pregunta. Concretamente, aquellos que han experimentado el divorcio parental están menos de acuerdo ($M= 3.12$; $DE= .73$) con esto que aquellos que no lo han hecho, es decir, aquellos que son hijos de padres no separados ($M= 3.24$; $DE= .83$).

Ya por último en este tipo de preguntas, también observamos que la distribución en la oración “*Casi todos los matrimonios acaban en divorcio*” (P8D) es distinta entre las categorías que evaluamos. Los hijos de padres divorciados manifiestan más acuerdo ($M= 2.24$; $DE= .83$) con esta idea que los hijos de familias intactas ($M= 1.84$; $DE= .72$).

Por otro lado, una de las preguntas realizadas en el cuestionario era que si al evaluado le gustaría casarse (P5). Ante esta pregunta, con una significación de $p=.94$, observamos que no hay diferencias significativas entre los grupos de hijos de padres divorciados e hijos de padres no separados. Del mismo modo, tampoco encontramos diferencias significativas en el ítem P6, el cual pretendía medir cuántos de los sujetos evaluados que ya se habían casado, habían sufrido el divorcio en su propia pareja, por tal de ver si había diferencias significativas entre los dos grupos. En cambio, no obtuvimos una muestra significativa ya que solo 6 de los 135 sujetos evaluados hijos de padres divorciados se habían casado y, en el caso de sus análogos, únicamente 7 de 202 habían contraído matrimonio.

Tampoco obtuvimos diferencias significativas entre los grupos de padres divorciados y de familias intactas en cuanto al hecho de tener relaciones sexuales o no tenerlas, ya que la significación obtenida es de $p=.82$.

Después, analizamos las respuestas de los participantes en cuanto al inicio de las relaciones sexuales. En este caso, los descriptivos estadísticos que obtenemos se exponen en la Tabla 2

TABLA 2. ESTADÍSTICOS DESCRIPTIVOS Y COMPARACIÓN DE GRUPOS DE LA EDAD DE INICIO DE LAS RELACIONES SEXUALES EN FUNCIÓN DEL DIVORCIO PARENTAL.

	FAMILIAS INTACTAS	PADRES DIVORCIADOS
M (DT)	16.42 (1.85)	15.63 (1.85)
Rango (min-max)	11 – 22	10 – 22
p-valor	.000	

Como ya hemos comentado, también utilizamos la prueba U de Mann-Whitney para muestras independientes para valorar si hay diferencias significativas en cuanto a la edad de inicio de las relaciones sexuales, ya que mediante las pruebas de Shapiro-Wilk vemos que la muestra no sigue la normalidad. La significación asintótica que obtuvimos es de $p=.000$, por lo que se demuestra los hijos de padres divorciados manifiestan un inicio más temprano ($M= 15.63$; $DE= 1.85$) de las relaciones sexuales que aquellos sujetos que no han sufrido el divorcio de sus padres ($M= 16.42$; $DE= 1.85$).

3.3. Discusión

Tras cumplir el primer objetivo de este trabajo, que consistía en realizar una revisión bibliográfica de artículos científicos por tal de verificar la influencia que tiene el divorcio en el desarrollo de las relaciones sentimentales, viendo las diferencias entre los jóvenes adultos que provienen de familias intactas y los que provienen de familias divorciadas, recordamos el segundo objetivo que nos habíamos planteado. La finalidad de la investigación empírica es hallar las diferencias significativas en una muestra de jóvenes catalanes de entre 20 y 30 años en función del divorcio parental en cuanto a la actitud frente las relaciones sentimentales, las dificultades para manejar conflictos de pareja, la visión acerca del matrimonio, la opinión sobre el divorcio, el inicio de las relaciones sexuales y la relación de éstas con el amor.

De esta manera, con esta investigación encontramos que sí existen diferencias significativas entre los hijos de padres divorciados y sus análogos de familias intactas en cuanto a las relaciones de pareja.

En cuanto a la actitud frente a las relaciones sentimentales, los sujetos que habían sufrido el divorcio de sus padres, mostraban una actitud de mayor desesperanza frente a las relaciones de pareja ya que se muestran más de acuerdo que los hijos de familias intactas con la idea de que no merecen una unión feliz y duradera con su pareja. De este modo, en nuestra muestra se refleja los temores y actitud pesimista en cuanto a la posibilidad de mantener una relación duradera de la que nos hablaban Amato y Booth (2001) y Wallerstein y Lewis (2004). También, es posible que esta respuesta manifieste una especie de culpabilidad de la que hablan Wallerstein y Lewis (2004) que pueden sufrir los hijos de padres divorciados si disfrutaban de una relación más feliz de lo que fue la de sus padres.

En cuanto al manejo de conflictos de pareja no encontramos diferencias significativas que argumentasen una mayor dificultad para actuar cuando éstos se producen. Por lo tanto, nuestra investigación no apoyaría la conclusión a la que

llegan Amato (2000) y Amato y DeBoer, (2001). Tampoco observamos en nuestra muestra un mayor malestar y un deseo de huida ante los conflictos en nuestros sujetos, como defienden Wallerstein y Lewis (2004).

Por otro lado, en relación a la visión del matrimonio, los hijos de padres divorciados se muestran con menos acuerdo en cuanto a que el matrimonio haya perdido el significado de compromiso de por vida que sus análogos que no han experimentado el divorcio parental. Por lo tanto, sí que interpretan y respetan la idea del matrimonio y, en este aspecto, las respuestas de los evaluados en esta investigación no apoyaría la idea que defendían en sus estudios Amato y Sobolewski (2001), Amato y Deboer (2001) y Riggio y Weiser (2008) acerca de que los hijos de padres divorciados se mostraban menos comprometidos con la norma del matrimonio de por vida o la actitud negativa frente al matrimonio de la que hablan Axinn y Thronton (1996) y Cui y Fincham (2010).

Seguidamente, en cuanto al divorcio, los hijos de padres divorciados muestran menos acuerdo que los hijos de familias intactas con que el divorcio sea una buena opción en caso de que el matrimonio no funcione. Por lo tanto, en nuestra muestra no aparece la actitud más positiva hacia el divorcio en los jóvenes adultos que sostienen algunas investigaciones (Amato y DeBoer, 2001; Axinn y Thornton, 1996; Cui y Fincham, 2010; Cunningham y Thornton, 2006; Duran-Aydintug, 1997). En cambio, aunque pueda parecer contradictorio, los hijos de padres divorciados también manifiestan más desacuerdo con la idea de que el divorcio es una posibilidad, pero que esperan no tener que recurrir a él. Por lo tanto, ven como una opción recurrir a éste. Por tal de intentar explicar esta aparente contradicción, vamos a plantear una hipótesis que unifique todas las respuestas por parte de los hijos de padres divorciados que podría ser objeto de estudio en futuras investigaciones.

Es posible que estos jóvenes adultos que han experimentado el divorcio parental tengan un sentimiento de desesperanza en cuanto a que ellos puedan conseguir mantener una relación satisfactoria, ya que, como comenta Yu (2007), el divorcio de los padres puede provocar inseguridad en las relaciones románticas una vez son adultos, debido a que esta situación ha supuesto que no tenga experiencia en las relaciones íntimas ya que no las ha observado durante su infancia (Smith, 2015), tener miedo a que les pase lo mismo que a sus padres (Van Schaick y Stolberg, 2001; Wallerstein y Lewis, 2004) o incluso que la mala experiencia por la que ha pasado con la relación de sus padres le provoque una reducción del entusiasmo por involucrarse en experiencias sentimentales similares (Axinn y Thronton, 1996; Van Schaick y Stolberg, 2001).

En cambio, este pesimismo en cuanto a sus relaciones de pareja, no supone que no deseen conseguirlo realmente. Esto lo vemos en que, por una parte, no vemos diferencias significativas en cuanto a las afirmaciones “*Espero encontrar una pareja con la que tener una relación estable y duradera*” y “*Prefiero estar soltero/a*”, por lo que a pesar de sentir que no la merezcan, continúan teniendo un deseo de conseguir una relación de pareja estable. En esta misma línea, podría ser que este deseo le lleve a desear el matrimonio y seguir considerándolo un compromiso de por vida, o incluso llegar a idealizarlo de algún modo, al contrario de lo que concluyen Sprecher, Cate y Levin (1998).

Este pensamiento, provoca que no estén de acuerdo con que el divorcio sea una buena opción, ya que les gustaría conseguir una relación duradera y para ellos el divorcio ha sido una mala experiencia, pero el pesimismo y la idea de que fracasarán en sus relaciones de pareja provoca que crean que sí van a tener que recurrir a él y por eso muestran poco acuerdo con la idea de no recurrir al divorcio en su relación de pareja.

Por otro lado, también tienen la creencia de que casi todos los matrimonios acaban en divorcio, algo que también refleja su actitud pesimista en cuanto a la consecución de relaciones duraderas y que es posible que se explique porque han vivido la experiencia del divorcio muy de cerca y probablemente generalicen o conozcan a más gente que hayan sufrido el divorcio de sus padres, por lo que tienen este pensamiento de que casi todos los matrimonios fracasarán.

Por lo tanto, como ya hemos dicho, esto es una hipótesis que podría explicar las respuestas de nuestros sujetos, en cambio, para poder afirmarlo con certeza deberíamos plantearlo como objetivo de próximas investigaciones.

Por último, en cuanto a las relaciones sexuales, es prácticamente consenso en todas las investigaciones que abordan esta variable que en los hijos de padres divorciados hay un inicio más temprano de las relaciones sexuales que en los jóvenes adultos que no han sufrido el divorcio de sus padres (Cantón et al, 2002; ; Cherlin, Kiernan y Chase-Landsdale, 1995, citado en Kiernan y Hobcraft, 1997; Furstenberg y Teitler, 2003; Kiernan y Hobcraft, 1997; Spreacher, Cate y Levin, 1998; Wallerstein y Lewis, 2004). De este modo, en nuestra investigación encontramos también este patrón que demuestra que los jóvenes adultos de nuestra muestra que han sufrido el divorcio parental han mantenido relaciones sexuales a una edad más temprana que los hijos de padres que permanecen casados.

En cuanto a la relación entre la sexualidad y el amor, no se muestran diferencias significativas en nuestra muestra que nos hagan concluir que el grupo de jóvenes adultos hijos de padres divorciados tengan más dificultad para relacionar las

relaciones sexuales con el amor, al contrario de lo que deducen Wallerstein y Lewis (2004).

Por lo tanto, con nuestros resultados, podemos concluir que muchos de los hallazgos de investigaciones realizadas en un contexto americano, se pueden aplicar también a los jóvenes adultos españoles, o más concretamente, catalanes.

En cambio, podría ser esto una limitación en cuanto a la validez externa, ya que el hecho de estar reducido a una muestra de jóvenes catalanes no permite generalizar al resto del contexto español, porque no sabemos si será del mismo modo en otras comunidades autónomas. En la misma línea, tampoco podemos generalizar a partir de nuestra muestra, ya que los sujetos tienen unas características muy concretas que no lo permite.

Por otro lado, en cuanto a la validez interna, podemos encontrar una amenaza de selección, ya que es posible que la presencia de participantes que se agrupan en diferentes valores de una variable puede ser confundida con otras variables que afecten al cambio.

Por último, como ya comentábamos antes, sería interesante analizar en próximas investigaciones las hipótesis anteriormente comentadas, lo que permitiría completar la investigación. También, sería interesante continuar con el estudio de una manera longitudinal, ya que nos permitiría observar si se producen en esta muestra otras variables como la mayor probabilidad de divorcio que actualmente no hemos podido medir, ya que la mayor parte de la muestra no estaba casada.

4. CONCLUSIÓN

4.1. Conclusiones de la revisión teórica

El divorcio es un acontecimiento estresante que provoca unas situaciones en la vida de los hijos de la pareja que ha decidido divorciarse que de otro modo no se habrían dado. Por lo tanto, no sólo provoca consecuencias inmediatas en éstos, sino que este nuevo contexto en el que crecen los hijos, también pueden provocar que aparezcan consecuencias a largo plazo en éstos una vez alcanzan la juventud adulta.

Por lo tanto, podemos observar que son varias las consecuencias personales, familiares, socioeconómicas e incluso físicas que este acontecimiento puede provocar en los hijos una vez alcancen la juventud adulta. En cambio, teniendo en cuenta la relevancia del desarrollo de las relaciones de pareja en esta etapa de la vida, es importante destacar la influencia que el divorcio tiene en el desarrollo de las relaciones sentimentales de los hijos que crecen en un entorno familiar separado por el divorcio.

De este modo, aunque los efectos latentes no sean una consecuencia que experimentan todos los jóvenes adultos que han vivido el divorcio parental, sí que es importante tenerlos en cuenta ya que nos permiten ver el motivo de su manera de ver las relaciones sentimentales y, por lo tanto, poder colaborar en reducir esta actitud negativa generalizada hacia las relaciones de pareja.

4.2. Conclusiones del trabajo empírico

En España nos encontramos con que los estudios en cuanto a los efectos del divorcio en los hijos son prácticamente inexistentes a nivel científico-empírico. De este modo, encontramos que la mayor parte de estudios se han realizado con jóvenes americanos, lo que provoca que sea difícil aplicar las conclusiones obtenidas en estas investigaciones al contexto español.

En cambio, con esta investigación empírica, podemos observar que al menos algunos de los efectos latentes de los que la literatura internacional habla, se producen también en Cataluña.

Por lo tanto, podemos concluir que el divorcio parental durante la infancia de los jóvenes adultos que han formado parte de nuestra muestra ha afectado a su manera de ver las relaciones de pareja estables, provocando una actitud más pesimista ante la posibilidad de alcanzarlas. También, vemos que ha afectado en su idea acerca del

divorcio, ya que consideran que no es una buena opción ante la posibilidad de que su matrimonio no funcione, en cambio, sí que consideran que tendrán que recurrir a él, posiblemente a consecuencia de la visión pesimista de las relaciones. Sin embargo, no ha afectado en su manera de ver el matrimonio, ya que siguen considerando que se trata de un compromiso de por vida, aunque creen que casi todos los matrimonios acaban en divorcio.

Por último, también ha afectado a la intimidad sexual de estos jóvenes adultos, viendo en nuestros resultados, como en la mayor parte de investigaciones empíricas sobre este tema, que se produce un inicio precoz de las relaciones sexuales en los jóvenes adultos que experimentaron el divorcio de sus padres en la infancia.

Referencias

- Amato, P. R. (2000). The Consequences of Divorce for Adults and Children. *Journal of Marriage and the Family*, 4 (62), 1269-1287. DOI: 10.1111/j.1741-3737.2000.01269.x
- Amato, P.R. (2014). The Consequences of Divorce for Adults and Children: An Update. *Društvena istraživanja: časopis za opća društvena pitanja*, 23 (1), 5 – 21
- Amato, P. R., y Booth, A. (2001). The legacy of parents' marital discord: Consequences for children's marital quality. *Journal of Personality and Social Psychology*, 81, 627–6387. <http://dx.doi.org/10.1037/0022-3514.81.4.627>
- Amato, P. R., y DeBoer, D. D. (2001). The transmisión of Marital Instability across Generations: Relationship Skills or Commitment to Marriage? *Journal of Marriage and Family*, 63 (4), 1038 – 1051. DOI: 10.1111/j.1741-3737.2001.01038.x
- Amato, P. R., & Keith, B. (1991). Parental divorce and the well-being of children: A meta-analysis. *Journal of Marriage and Family*, 53 (1), 43 - 58. <http://dx.doi.org/10.1037/0033-2909.110.1.26>
- Amato, P. R., & Sobolewski, J. (2001). The Effects of Divorce and Marital Discord on Adult Children's Psychological Well-Being. *American Sociological Review*, 66(6), 900-921.
- Arnett (2000). Emerging Adulthood: A Theory of Development From the Late Teens Through the Twenties. *American Psychologist*, 55 (5), 469 – 480. <http://dx.doi.org/10.1037/0003-066X.55.5.469>
- Arnett, J. J. y Lynn Tanner, J. (2006). The Psychology of Emerging Adulthood: What Is Known, and What Remains to Be Known? En Arnett, J. J. y Lynn Tanner, J. (Coord), *Emerging Adults in America: Coming of Age in the 21st Century* (303 – 330). Washington: American Psychological Association.
- Aron, A., Fisher, H., Mashek, D. J., Strong, G., Li, H. y Brown, L. L. (2005). Rewards motivation and emotion systems associated with early-stage romantic love. *Journal of Neurophysiology*, 94 (1), 327-337. DOI: 10.1152/jn.00838.2004
- Axinn, W. G. y Thornton, A. (1996). The influence of parents' marital dissolutions on children's attitudes toward family formation. *Demography*, 1 (33), 66 – 81
- Berger, K. (2011). *Psicología del desarrollo*. Madrid: Panamericana
- Carratalá Hurtado, E. (2013). Relación entre el divorcio de los padres y la conducta sexual en adolescentes españoles: análisis y propuesta de intervención (Tesis doctoral). Universidad Miguel Hernández de Elche.
- Catón Duarte, J., Cortés Arboleda, M. y Justicia Díaz, M. (2002). Las consecuencias del divorcio en los hijos. *Psicopatología Clínica, Legal y Forense*, 2 (3), 47-66.
- Conway, M. Christensen, T. M. y Herlihy, B. (2003). Adult Children of Divorce and Intimate Relationships: Implications for Counseling. *The Family Journal*, 11 (4), 364 – 373. <https://doi.org/10.1177/1066480703255609>

- Cui, M. y Fincham, F. D. (2010). The differential effects of parental divorce and marital conflict on Young adult romantic relationship. *Personal Relationships*, 17 (1), 331 – 343. DOI: 10.1111/j.1475-6811.2010.01279.x
- Cui, M., Fincham, F. D. y Durtschi, J. A. (2011). The effect of parental divorce on Young adults' romantic relationship dissolution: What makes a difference? *Personal Relationships*, 18 (1), 410 – 426. DOI: 10.1111/j.1475-6811.2010.01306
- Cui, M., Fincham, F.D., y Pasley, B.K. (2008). Young adult romantic relationships: The role of parents' marital problems and relationship efficacy. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 34, 1226-1235. <https://doi.org/10.1177/0146167208319693>
- Cunningham, M. y Thronton, A. (2006). The influence of parents' marital quality on adult children's attitudes toward marriage and its alternatives: main and moderating effects. *Demography*, 43 (4), 659 – 672
- Delgado Gallego, I., Oliva Delgado, A. y Sánchez-Queija, I. (2011). Apego a los iguales durante la adolescencia y la adultez emergente. *Anales de psicología*, 21 (1), 155-163.
- Duran-Aydintuq, Candan (1997). Adult Children of Divorce Revisited: When They Speak Up. *Journal of Divorce & Remarriage*, 27 (1/2), 71 – 83. http://dx.doi.org/10.1300/J087v27n01_05
- Elzo, J. (2009). ¿Son los jóvenes españoles diferentes?: Comparación de algunos valores de los jóvenes españoles con los de los jóvenes europeos. *Cuadernos del Mediterráneo*, 11 (1), 239-244
- Elzo, J. (2014). La juventud actual y la crisis. ¿Una generación perdida?. *Iglesia Viva*, 258 (1), 11-28
- Elzo, J. (2016). Presente y futuro de los jóvenes españoles. *El ciervo: revista mensual de pensamiento y cultura*, 760 (1), 9-12
- Emery, R. (2006). *The truth about children and divorce*. New York: Plume
- Erikson, E. (2000). *El ciclo vital completo*. Paidós Ibérica: Barcelona.
- Furstenberg, F. F. y Teitler, J. O. (2003). Reconsidering the Effects of Marital Disruption: What Happens to Children of Divorce in Early Adulthood? *Journal of Family issues*, 15 (2), 173-190. <https://doi.org/10.1177/0192513X94015002002>
- Garriga Alsina, A. y Martínez Lucena, J. (2009). *Las secuelas del divorcio: los efectos sobre los hijos, a la luz de la sociología empírica*. Madrid: Fundación Universitaria San Pablo CEU.
- Georgas, J., Berry, J. W., Van de Vijver, F., Kagitçibasi, Ç., Poortinga, Y. H. (2006). *Families Across Cultures: A 30-Nation Psychological Study*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Iacovou, M. y Berthoud, R. (2001) *Young People's Lives: A Map of Europe*. Colchester: University of Essex, Institute for Social and Economic Research.

- Instituto Nacional de Estadística (2008). Salud y hábitos sexuales: Las conductas sexuales desde la perspectiva del sida. *Instituto Nacional de Estadística*. Extraído de http://www.ine.es/ss/Satellite?L=es_ES&c=INECifrasINE_C&cid=1259925137955&p=1254735116567&pagename=ProductosYServicios%2FPYSLayou Recuperado el 23/04/2017
- Instituto Nacional de Estadística (2015). Estadística de Nulidades, Separaciones y Divorcios – Año 2014. Instituto Nacional de Estadística. Extraído de <http://www.ine.es/prensa/np927.pdf> Recuperado el 01/05/2017
- Instituto Nacional de Estadística (2016). Estadística de Nulidades, Separaciones y Divorcios – Año 2015. *Instituto Nacional de Estadística*. Extraído de http://www.ine.es/dyngs/INEbase/es/operacion.htm?c=estadistica_C&cid=1254736176798&menu=ultiDatos&idp=1254735573206 Recuperado el 09/04/2017
- Instituto de Política Familiar (2015). Informe sobre Nupcialidad y Ruptura en España. *Instituto de Política Familiar en España*. Extraído de <http://ipfe.org/Espa%C3%B1a/Documentos/IPF> Recuperado el 09/04/2017
- Kessler, R. C., Gillis-Light, J., Magee, W. J., Kendler, K. S., Eaves, L. J. (1997). Childhood adversity and adult psychopathology. En Gotlib, I. y Wheaton, B. (Coord), *Stress and adversity over the life course*. (pp 29-49). New York: Cambridge University Press.
- Kiernan, K. y Hobcraft, J. (1997). Parental Divorce during Childhood: Age at First Intercourse, Partnership and Parenthood. *Population Studies*, 51 (1), 41-55. <http://dx.doi.org/10.1080/0032472031000149716>
- Laumann-Billings, L. y Emery, R. (2000). Distress Among Young Adults From Divorced Families. *Journal of Family Psychology*, 14 (4), 671-687. <http://dx.doi.org/10.1037/0893-3200.14.4.671>
- Lee, S.A. (2007). Young adults' committed romantic relationships: A longitudinal study on the dynamics among parental divorce, relationships with mothers and fathers, and children's committed romantic relationships. (Tesis Doctoral). University of Arizona, Arizona
- Lefkowitz, Eva S. y Gillen, Meghan M. (2006). "Sex is just a normal part of life": Sexuality in emerging adulthood. En Jeffrey Jensen Arnett y Jennifer Lynn Tanner (Coord), *Emerging adults in America: Coming of age in the 21st century* (pp. 235-255). Washington DC: American Psychological Association
- Masarik, A. S., Conger, R. D., Martin, M. J., Donnellan, M. B., Masyn, K. E. y Lorenz, F. O. (2013). Romantic relationships in early adulthood: Influences of family, personality, and relationship cognitions. *Personal Relationships*, 20 (1), 356 – 373. DOI: 10.1111/j.1475-6811.2012.01416.x
- McCabe, K. M. (1997). Sex Differences in the Long Term Effects of Divorce on Children: Depression and Heterosexual Relationship Difficulties in the Young Adult Years. *Journal of Divorce & Remarriage*, 27 (1/2), 123 – 135. http://dx.doi.org/10.1300/J087v27n01_08
- Mullett, E. y Stolberg, A. L. (2002). Divorce and Its Impact on the Intimate Relationships of Young Adults. *Journal of Divorce & Remarriage*, 38 (1/2), 39 – 59. http://dx.doi.org/10.1300/J087v38n01_03

- Papalia, D. E. (2012). *Desarrollo Humano*. México, D. F.: McGraw-Hill Interamericana.
- Perez Testor, C., Davins Pujol, M., Valls Vidal, C. y Aramburu Alegret, I. (2009). El divorcio: una aproximación psicológica. *La Revue du REDIF*, 2 (1), 39-46.
- Pedersen, W., y Blekesaune, M. (2003). Sexual Satisfaction in Young Adulthood: Cohabitation, Committed Dating or Unattached Life? *Acta Sociológica*, 46 (3), 179-193. <https://doi.org/10.1177/00016993030463001>
- Riggio, H. R., y Weiser, D. A. (2008). Attitudes toward marriage: Embeddedness and outcomes in personal relationships. *Personal Relationships*, 15(1), 123-140. DOI: 10.1111/j.1475-6811.2007.00188.x
- Scabini, E. (2000) Parent-Child Relationships in Italian Families: Connectedness and Autonomy in the Transition to Adulthood. *Psicologia: Teoria e Pesquisa*, 16 (1), 23-30. <http://dx.doi.org/10.1590/S0102-37722000000100004>
- Scabini, E. y Cigoli, V. (2007). Relación familiar: la perspectiva psicológica. En González, M. I. (Coord), *El cuidado de los vínculos: mediación familiar y comunitaria*. Universidad del Rosario (pp 71 – 108). Bogotá: Universidad del Rosario
- Scabini, E. y Galimberti, C. (1995). Adolescents and Young adults: a transition in the family. *Journal of Adolescence*, 18 (1), 593-606. <https://doi.org/10.1006/jado.1995.1041>
- Scabini, E., Marta, E., y Lanz, M. (2006). *The transition to adulthood and family relations*. Hove, UK: Psychology Press.
- Settersten, R. A., Furstenberg, F. E, y Rumbaut, R. G. (2005). *On the frontier of adulthood: Theory, research, and public policy*. Chicago: University of Chicago Press.
- Sprecher, S., Cate R. y Levin, L. (1998). Parental Divorce and Young Adults' Beliefs About Love. *Journal of Divorce & Remarriage*, 28 (3/4), 107 – 120. http://dx.doi.org/10.1300/J087v28n03_06
- Sternberg, R. J. (1988). *The triangle of love*. New York: Basic Books
- Smith, K. (2015). La separación y el conflicto parental: Efectos en las relaciones afectivas de los hijos adultos jóvenes (Tesis Doctoral). Universidad del País Vasco, Donostia.
- Tanner, J. L. (2006). Recentring during emerging adulthood: A critical turning point in life span human development. En Jeffrey Jensen Arnett y Jennifer Lynn Tanner (Coord), *Emerging adults in America: Coming of age in the 21st century* (pp. 235-255). Washingtonm DC: American Psychological Association
- Tanner, J. L. y Arnett, J. J. (2009). The emergence of “emerging adulthood”: The new life stage between adolescence and Young adulthood. En Andy Furlong (Coord), *Handbook of Youth and Young Adulthood: New Perspectives and Agenda*, (39 – 45). Abingdon: Routledge International Handbooks.
- Van Schaick, Kelly y Stolberg, Arnold L. (2001). The Impact of Paternal Involvement and Parental Divorce on Young Adults' Intimate Relationships. *Journal of Divorce & Remarriage*, 36 (1), 99 – 121. http://dx.doi.org/10.1300/J087v36n01_06

- Wallerstein, J. S. y Lewis, J. M. (2004). The unexpected legacy of divorce. *Psychoanalytic Psychology*, 3 (21), 353-370. <http://dx.doi.org/10.1037/0736-9735.21.3.353>
- Watty, A y Bielak, Y. (2007). Relación entre divorcio y autoconcepto en niños con padres divorciados. *Psiquis*, 16 (5), 134-140.
- Weigel, Daniel J. (2007). Parental Divorce and the Types of Commitment-Related Messages People Gain from Their Families of Origin. *Journal of Divorce & Remarriage*, 47 (1), 15 – 32. http://dx.doi.org/10.1300/J087v47n01_02
- Wertlieb, D. (1997). Children whose parents divorce: life trajectories and turning points. En Gotlib, I. y Wheaton, B. (Coord), *Stress and adversity over the life course*. (pp 179-196). New York: Cambridge University Press.
- Yáñez-Yaben, S. y Garmendia, A. (2016). Parental Divorce and Emerging Adults' Subjective Well-Being: The Role of "Carrying Messages". *Journal of Child and Family Studies*, 25 (1), 638 – 646
- Yu, T. (2007). The interplay of parental marital conflict and divorce in young adult children's relationships with parents and romantic partners. (Tesis Doctoral). Auburn University, Alabama

ANEXO

CUESTIONARIO A JÓVENES SOBRE LA RELACIÓN DE PAREJA

Este cuestionario tiene el objetivo de conocer la opinión de los jóvenes de entre 20 y 30 años sobre las relaciones sentimentales, la sexualidad y el divorcio para la realización de un trabajo de final de grado.

Responda las preguntas con total sinceridad, se trata de un cuestionario totalmente anónimo y en ningún caso es posible relacionar las respuestas con la persona que realiza la encuesta.

Muchas gracias por su tiempo.

Edad: _____

Sexo: H / M

Marca con una cruz el nivel de estudios finalizados al que has llegado:

- a) Primaria
- b) ESO (Educación Secundaria Obligatoria)
- c) Bachillerato
- d) Ciclos formativos
- e) Grado Universitario
- f) Máster o postgrado

Marca con una cruz tu situación actual

- a) Estudiando
- b) Trabajando
- c) Ambos (estudios y trabajo)
- d) Desocupado

Lugar de domicilio: Ciudad (País). Por ejemplo: Barcelona (España)

1. ¿Tus padres se han divorciado y/o separado?

- a) Sí
- b) No

2. En caso de que estén divorciados/separados, ¿Qué edad tenías cuando ocurrió?

3. Indica tu grado de acuerdo con las siguientes afirmaciones sobre las relaciones de pareja (no necesariamente debe responderse en base a la pareja actual, sino que refiere a las parejas en general):

	Nada de acuerdo	Poco de acuerdo	Bastante de acuerdo	Muy de acuerdo
A. Me preocupa o temo que mi relación termine sin ningún motivo aparente				
B. Siento que no merezco una unión feliz y duradera con mi pareja				
C. Espero encontrar una pareja con la que tener una relación estable y duradera				
D. Prefiero estar soltero/a				

4. En cuanto a los conflictos de pareja, indica tu grado de acuerdo con las siguientes afirmaciones (no necesariamente debe responderse en base a la pareja actual, sino que refiere a las parejas en general):

	Nada de acuerdo	Poco de acuerdo	Bastante de acuerdo	Muy de acuerdo
A. Me cuesta mucho manejar los conflictos de pareja				
B. Tiendo a huir de los conflictos				
C. Me provocan mucho malestar, ya que temo que la relación se acabe como consecuencia de estos conflictos				
D. Una vez la situación está más tranquila, acostumbro a resolverlos sin dificultad.				

5. ¿Te gustaría casarte?

- Sí, por supuesto
- Sí, pero más adelante
- No
- No lo sé, no me siento preparado/a
- Ya me he casado

6. En caso de que ya te hayas casado, ¿te has divorciado y/o separado?

- Sí
- No

7. Indica tu grado de acuerdo con las siguientes afirmaciones sobre el matrimonio:

	Nada de acuerdo	Poco de acuerdo	Bastante de acuerdo	Muy de acuerdo
A. El matrimonio es una unión de por vida				
B. Existe la posibilidad de que sucedan situaciones muy concretas que puedan romper el matrimonio.				
C. El matrimonio ya no significa ese compromiso de por vida que conllevaba antiguamente.				

8. En cuanto al divorcio, indica tu grado de acuerdo con las siguientes afirmaciones:

	Nada de acuerdo	Poco de acuerdo	Bastante de acuerdo	Muy de acuerdo
A. Jamás me divorciaría, ya que es un proceso que provoca mucho sufrimiento en todos los involucrados				
B. En el caso de que no funcione, es una buena opción				
C. Es una posibilidad pero espero no tener que recurrir a él				
D. Casi todos los matrimonios acaban en divorcio				

9. ¿Has tenido relaciones sexuales?

- Sí
- No

10. En caso afirmativo, ¿A qué edad tuviste la primera relación sexual?

11. En cuanto a tu experiencia sexual, indica tu grado de acuerdo sobre las siguientes afirmaciones (no necesariamente debe responderse en base a la pareja actual, sino que refiere a las parejas en general):

	Nada de acuerdo	Poco de acuerdo	Bastante de acuerdo	Muy de acuerdo
A. Las relaciones sexuales siempre están directamente relacionadas con el amor.				
B. He tenido relaciones en ocasiones solo por placer				
C. Las relaciones sexuales no están relacionadas con el amor.				
D. Normalmente tengo relaciones con otra persona únicamente sexual				
E. A veces me cuesta mantener relaciones sexuales incluso con mi pareja, llegando a evitarlo.				